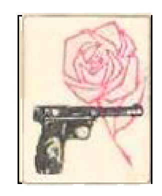


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Las marionetas

Un pequeño país ha sido dividido en tres tras serle concedida la independencia. Se trata de Atlánfrica, la República de Omogo y Costa Coral. Los tres países exportan diamantes que son comprados por Estados Unidos, y los tres tienen muy buenas relaciones con el coloso americano. Los dirigentes de los tres pequeños países y un nacionalista que pretende la unión de todos ellos en un solo país, se encuentran en Estados Unidos para asistir a la exposición de una colección de diamantes, y también se encuentra invitado un conocido mercenario. El cóctel está servido para que la curiosidad de Mr. Cavanagh haga que la agente Baby se interese por el asunto.



Lou Carrigan

Las marionetas

Brigitte en acción - 129

ePub r1.0
Titivillus 26.02.2018

Lou Carrigan, 1971

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

El diminuto chihuahua «Cicero», comenzó a ladrar de aquel modo agudo, continuo, irritante, y Peggy, la fiel doncella de la espía más peligrosa de todos los tiempos, lo miró un tanto enojada.

—¡Calla, «Cicero»! —regañó—. No es momento de armar escándalo.

Acabó de poner sobre la cama el vestido de noche que en aquella ocasión llevaría Brigitte Montfort, alias Baby, y se quedó mirándolo con aquella expresión de absoluto agrado que siempre tenía para las pertenencias de la espía. En verdad, jamás había visto a ninguna mujer más elegante que su ama. Jamás. Y tenía un gusto tan exquisito… Miró hacia la puerta del cuarto de baño, dentro del cual se oían algunos chapoteos…

Volvió a mirar al chihuahua, que no había cesado de ladrar, siempre agudamente, de aquel modo poco menos que ridículo.

—¿Pero te quieres callar, tonto? —apostrofó.

«Cicero» continuó ladrando, y desde el cuarto de baño llegó la voz de Brigitte Montfort:

—¿Qué le pasa a «Cicero», Peggy?

—No lo sé, señorita. Parece que está muy nervioso, pero no comprendo por qué…

Lo comprendió de pronto. «Cicero» aumentó en potencia sus ridículos ladridos cuando los dos hombres aparecieron, de pronto, en la puerta del dormitorio de la espía internacional. Peggy abrió la boca, pero ni siquiera se atrevió a cerrarla cuando vio una pistola en la mano diestra de cada hombre. Uno de ellos se llevó la izquierda a los labios, extendiendo un dedo cruzado ante éstos, ordenando silencio. Peggy había palidecido, había quedado completamente inmóvil. «Cicero» parecía ir a hacerse pedazos de un momento a otro, tan violentos eran sus furiosos ladridos y estremecimientos…

—Peggy, por favor —se oyó de nuevo la voz de Baby en el cuarto de baño—, que se calle ese bichito. Y si no quiere callarse, llévatelo a la cocina.

Peggy tragó saliva, al fin, pero ni aun así pudo pronunciar una sola palabra. Uno de los hombres le hizo un gesto para que se apartara, y el otro comenzó a caminar hacia el cuarto de baño. Llegó ante la puerta, que estaba entornada, y apoyó en ella la mano izquierda, comenzando a empujar lentamente, mientras el otro hombre se acercaba sonriendo irónicamente y asintiendo con la cabeza.

Por fin, Peggy estuvo en condiciones de reaccionar, pasado el sobresalto inicial. Desde luego tenía que avisar a su señorita. Ella se merecía eso y mucho más; siempre tan buena y generosa… Aunque le metieran una bala en la cabeza, Peggy tenía que avisarla.

—¡Señorit…!

Precisamente cuando ella empezaba a gritar, la puerta del cuarto de baño, tan suavemente empujada hacia dentro por uno de los hombres, volvió hacia fuera, con gran violencia. El hombre recibió un tremendo portazo en pleno rostro, y salió despedido hacia el centro del dormitorio, empujando al otro, haciéndola perder el equilibrio. Aún no había caído al suelo el primero ni había recuperado el equilibrio el segundo, cuando la puerta del cuarto de baño volvió a abrirse, y una… especie de pantera, mal envuelta en una toalla y chorreando agua, apareció, saltando directa hacia el desequilibrado sujeto, que recibió un espeluznante patadón de karate en la boca del estómago, que pareció partirlo en dos, doblándolo hacia delante como si fuese una brizna de paja seca…, con tan mala fortuna que, al inclinarse, recibió en plena nariz el rodillazo de Baby. Con un alarido, el hombre regresó hacia atrás, girando como una pelota, y cayó de cabeza, perdiendo al fin su pistola.

Mientras tanto, el otro comenzaba a ponerse en pie, alzando las manos con el gesto de quien empieza a pedir paz… Demasiado tarde: la pantera de negra melena, chorreando agua, estaba ya en el aire, verdaderamente como volando hacia él, con los pies por delante, juntos. Pero se abrieron de pronto y la cabeza del hombre quedó entre los dos muslos de dorada y tersa piel, y, al instante, la… pantera giró, derribando al hombre de bruces en una feroz

presa de «tijeras» en el aire. El hombre quedó tendido de bruces, con su garganta aprisionada entre las bellísimas piernas, que efectuaban una salvaje presa de estrangulación de judo, inmovilizándolo al mismo tiempo. Una de las mojadas manitas asió el dedo meñique de la mano derecha del hombre y tiró hacia fuera. Con un alarido de dolor, el hombre abrió la mano, dejando suelta la pistola…, que pasó en una fracción de segundo a poder de Baby, la cual apretó más la presa de estrangulación y apuntó al otro, que ya en pie, con las manos en la nariz, se tambaleaba torpemente.

—No baile más… —dijo fríamente la espía—. O al menos hágalo bien.

El hombre se quitó las manos de la cara, mientras el otro, cada vez más sofocado, rojo el rostro, palmeaba frenéticamente el suelo, al estilo del judoka que acepta la derrota.

—Espere, Baby… —jadeó el que estaba en pie—. No se precipite, por Dios… Ha sido una broma.

—¿Y ahora tengo que reír? —sonrió gélidamente Baby.

—Le aseguro que es una broma… Nos envía *Mr.* Cavanagh.

Brigitte entornó los ojos. Los ladeó, de pronto, hacia Peggy, y con la mano izquierda le hizo señas para que recogiese la pistola del que estaba en pie. La doncella se apresuró a obedecer, y sólo entonces Brigitte separó sus piernas; colocó un pie en un lado de la cara del caído, lo empujó suavemente y se incorporó. La toalla se había soltado, de modo que tuvo que sujetarla con la mano izquierda ante el pecho, apretándola bajo los sobacos al mismo tiempo. Miró a Peggy y dijo:

—Algún día, Peggy, aprenderás que cuando yo estoy en casa «Cicero» no ladra así sin un motivo bien fundado. ¿Sabes ya cuál es ese motivo?

—Sí… Sí, señorita… —tartamudeó Peggy—. Estos hombres han abierto la puerta con… con una ganzúa…

—Exacto. Lo cual quiere decir que no habías puesto el cierre de seguridad. ¿Aún no has escarmentado?

—Lo… lo siento… Pero si son de la CIA, si los envía *Mr.* Cavanagh… Claro que eso debe ser mentira…

—Le aseguro que es cierto —dijo el que había estado a punto de ser estrangulado, mirando a Brigitte—. Todo ha sido una broma…

—Comprobaremos eso —sonrió de nuevo Brigitte—. Y si ha sido

una broma, admitirán, sin duda, que ha resultado no sólo estúpida, sino peligrosa: he podido matarlos a los dos. ¿Cómo va esa nariz?

—Mal —refunfuñó el hombre—. Pero parece que no se ha roto nada por aquí dentro.

—Pues estás de suerte —farfulló el otro—. Yo sé muy bien ahora lo que se siente al ser estrangulado. ¡Mum!… Somos Simón y Simón, Baby.

—Pues son dos Simones muy tontos, querido. ¿Pueden explicarme qué clase de broma ha sido la suya?

—*Mr*. Cavanagh nos envió a buscarla. Tiene usted trabajo en perspectiva. Nosotros hemos pasado recientemente al Grupo de Acción, y habíamos oído hablar tanto de usted, que nos parecía… que todo eran exageraciones. Así que quisimos demostrar que no era… difícil sorprender a la agente Baby.

—Es una tontería, pero casi me la creo. ¿Se les ocurre alguna explicación que justifique el hecho de que *Mr*. Cavanagh enviara a buscarme a dos Simones que yo jamás había visto?

—Usted lo sabe muy bien: *Mr*. Cavanagh quiere que todos los del Grupo de Acción destinados en Washington conozcamos a Baby. Y como somos nuevos en ese Grupo, nos envió a conocerla.

—De acuerdo. Supongo que lo están lamentando.

Los dos agentes de la CIA cambiaron una mirada. Por fin, miraron sonrientes a Brigitte.

—No lamentamos nada. Vale la pena conocerla a usted, sea como sea. Y como les ocurre a todos los Simones del mundo, ya la amamos.

—¡Muchas gracias! —rió la divina—. ¿Llevan sus radios de bolsillo en la onda del Sector de Nueva York?

—Desde luego.

—Colóquense de espaldas a mí… Calla de una vez, «Cicero», me estás fastidiando, chiquitín.

Por fin, y de pronto, el chihuahua se calló. Brigitte se acercó a la espalda de uno de los dos obedientes espías, pasó una manita hacia su pecho y le quitó la radio de bolsillo. Retrocedió unos pasos y apretó el botoncito de llamada.

—¿Sí? —Oyó en el acto.

—Soy yo, Simón.

—¡Oh!… La belleza y la dulzura hecha mujer… Y no me diga

más: la han visitado dos muchachitos desconocidos que dicen llegar de parte de *Mr*. Cavanagh. ¿*Okay*?

—*¡Okay!*

—Pues es cierto. Hemos recibido una llamada en la floristería que nos avisa de que la agente Baby va a abandonar Nueva York, en helicóptero, camino de la Central, hacia las diez de la noche. ¿Por qué ha de ser siempre tan desconfiada?

—Es verdad… Soy una tonta.

—Apuesto a que esos muchachos son apuestos y simpáticos.

—¡Mucho! —rió Brigitte—. *Ciao*, Simón. Besos.

—*Ciao*. Mordiscos. A ver en qué lío la meten esta vez. Tenga cuidado. Más mordiscos.

Riendo, Brigitte cerró la radio, se colocó delante de los dos espías y la devolvió a su usufructuario.

—Todo en orden —aceptó—. Me visto en tres minutos y medio y nos vamos hacia el aeropuerto Kennedy. Por cierto, esto va a cambiar pronto: parece que nos van a construir un helipuerto en este edificio, así que en breve me ahorraré esos fastidiosos viajes en auto hasta el Kennedy Airport. Bien, muchachos, cuando una dama va a vestirse, los caballeros abandonan su dormitorio. ¿O no?

Los dos fueron hacia la puerta, mohínos. Allí se volvieron, se miraron y de nuevo se quedaron mirando a la bellísima jovencita envuelta en una alegre toalla de colorines.

—Bueno… Respecto a la broma…

—¿Por quién me toman? Yo no soy una chivata, queriditos. Por mí, *Mr*. Cavanagh no sabrá nada de esa tontería. A cambio de una promesa que ustedes no olvidarán jamás. ¿De acuerdo?

—¿Qué promesa?

—La de que no volverán a hacer bromas con el espionaje. Nunca, jamás, cometerán una tontería semejante, ni conmigo ni con nadie. El espionaje es una cosa muy seria en todas las ocasiones. ¿Prometido?

—Prometido.

—¡Magnífico! Así tendré la esperanza de que ustedes me duren muchos años. Peggy, sírveles algo a mis Simones.

—Sí, señorita.

Los dos hombres y la doncella salieron del dormitorio. Poco después estaban en el elegantísimo *living* degustando el magnífico

whisky que les había servido Peggy, mirando a todos lados, aprobando con expresivos gestos el buen gusto de la espía.

—Hemos hecho el ridículo, me parece —musitó uno de ellos.

—La idea fue tuya, ¿no? —refunfuñó el otro—. Menos mal que ella no dirá nada. Los compañeros se nos pitorrearían toda la vida. ¡Haber querido sorprender a Baby! No se puede decir que tu idea fuese buena, ¿verdad?

—Pues te gustó, ¿no es cierto? —mascculló el otro.

—Bueno, no discutamos. Hemos aprendido algo, y eso vale un par de golpes. Oye… Es muy joven, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Baby?

—No. Mi abuela. ¿Acaso no estamos hablando de Baby? Yo estaba convencido de que era más vieja, más fea y una mujer más… más…

—¿Más dura?

—Eso es. Pero parece un angelito… ¿Te has fijado qué ojos, qué boquita, qué manos, qué cuello, qué… qué… qué…?

—Me he fijado en todo —sonrió el otro—. A decir verdad, yo también creí que exageraban cuando hablaban de ella. Creía que tendría un poco de bigote, voz hombruna, músculos de mujer de circo, estatuía gigantesca… —suspiró profundamente—. ¡Y es la más encantadora muñequita que he visto en mi vida!

—Es… divina.

—¡Justo! ¡Sí, señor, divina, ésa es la palabra! ¿Te has dado cuenta de la carita que pone cuando sonríe? Parece una niña cariñosísima. ¡Y dicen que adora a todos sus Simones! ¿Te das cuenta? ¡Nos adora!

—¿Cuántos años debe tener?

—¡Qué demonios importa eso! Veintidós, veintitrés…

—¡Estás loco! Hace cuatro años, cuando se nos seleccionó para la primera fase de agentes secretos, ella era ya famosa entre todos los espías del mundo… ¡Y no me digas que consiguió eso a los dieciocho años!

—Vaya… Tienes razón, eso no puede ser… Bueno, ¿qué importa esa cuestión? Es encantadora y basta.

—¡No basta! ¡Es sensacional!

—Es dulcísima.

—Es guapísima.

—Es adorable.
—Es maravillosa.
—Es apoteósica.
—Es fulgurante.
—Es…

Capítulo II

—Es un contrabandista de hombres, por decirlo así —la imagen de un hombre como de cuarenta años, rubio, atractivo, algo pecoso, de expresión sonriente, con aspecto muy deportivo, apareció en la pequeña pantalla de la pared, en colores—. Un mercenario. Se llama Marlon De Koven. Durante algún tiempo ha estado contratado como mercenario en diversos puntos de África. Ahora dispone de un pequeño ejército de unos mil doscientos hombres, bien armados, que le obedecen ciegamente. Para esos mil y pico hombres Marlon De Koven es prácticamente un dios. Va con ellos por toda África, y se ha convertido en un peligro no sólo bélico, sino que empieza a ser también un peligro político.

—¿Debo matarlo?

—No todavía, Baby. Sin embargo, me parece que usted misma tomará esa decisión… en el momento oportuno.

—¿En el momento oportuno? —Se oyó de nuevo la voz de Baby en el despacho a oscuras.

—Sí. Vamos a cambiar ahora la imagen… Vea a este otro hombre. Es el coronel Xav Mathieson, jefe de Estado de Atlánfrica, que, como su nombre indica, es un país que está en la costa africana del Atlántico, por debajo del Ecuador. ¿Qué opinión le merece?

Dejó de oírse la voz de *Mr*. Cavanagh, y durante unos segundos el silencio fue completo. Se veía el rostro de un hombre moreno, de grandes ojos inteligentes que parecían cansados, fatigados. Frente despejada, mandíbula recia… Le sentaba admirablemente el uniforme. Era una foto de salón, con la gorra de plato sostenida en la mano derecha a la altura del pectoral. También debía tener cerca de cuarenta años.

—No sé —musitó Brigitte, de pronto—. He leído poco sobre Xav Mathieson y su país. Entiendo que él está considerado como un buen gobernante. Ha sabido sacar partido de la independencia de su

país. Me reservo la opinión por el momento, señor.

—De acuerdo. Como sabe, Xav Mathieson gobierna en la tercera parte de lo que hasta hace poco más de dos años fue un gran territorio colonial de cierto país europeo. Toda la colonia recibió la independencia, y entonces se dividió en tres pequeños países, tras algunas pequeñas escaramuzas poco más que locales. Los tres países nuevos en la costa atlántica de África fueron: Atlánfrica, que gobierna actualmente el coronel Xav Mathieson: República Omogo, que está bajo el mando del presidente Kero Dambatu, y Costa Coral, regida con relativo acierto por su primer ministro, llamado Orville Neville. De los tres países, Estados Unidos importa brillantes y diamantes en bruto…, y queremos conservar ese proveedor de piedras preciosas. Es decir, esos tres proveedores… No sólo por el material en sí, sino por conservar las buenas relaciones existentes hasta ahora.

—Entiendo. ¿Hay algo que pueda perturbar eso que conviene a Estados Unidos?

Tras unos segundos de silencio se oyó otra vez la voz de *Mr*. Cavanagh, pero no contestando a la pregunta de Baby. Otra imagen, ahora de un hombre negro, de blanco cabello muy rizado, como de cincuenta años, grueso, labios abultados y dientes blanquísimos, mostrados en amplia sonrisa, apareció en la pantalla.

—Este es Kero Dambatu. Un nacionalista poco menos que furibundo. Tan furibundo que incluso puede llegar a ser un hombre peligroso, o, por lo menos, muy poco conveniente para conservar la paz en esa parte de África. Digamos que no está muy contento con que la antigua colonia europea se haya dividido en tres partes, en tres países.

—¿Debo entender que Kero Dambatu preferiría un solo país… bajo su mando?

Tampoco a esto contestó *Mr*. Cavanagh. De nuevo cambió la imagen, mostrando a otro hombre blanco, barbudo, de ojos pequeños e irascible expresión. Tenía entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Era el menos simpático de aspecto, por el momento.

—Este es Orville Neville, primer ministro de Costa Coral. Un hombre fácilmente irritable, y al que no le hace gracia la vecindad de Atlánfrica y República Omogo. Especialmente esta última. Parece que no siente simpatía por los negros, aunque, naturalmente, en los

tres países mencionados la mayoría de la población es negra. Consideramos que Orville Neville estaría más… sonriente si pudiera… hacer desaparecer a Kero Dambatu, eliminando así un dirigente negro. Los negros son buenos para trabajar, pero no para gobernar… Eso es lo que opina Orville Neville.

—Peor para él. A éste puedo eliminarlo por gusto personal, si le parece bien, señor.

—Ya veremos. Usted me ha ido haciendo preguntas, Brigitte, y yo no las he contestado porque no sé a ciencia cierta qué puede ocurrir. De manera que le dejaré las manos libres, como siempre. Lo que usted haga estará bien hecho, todos sabemos eso muy bien.

—Gracias. Pero no acabo de entender. ¿Qué debo hacer, en suma? ¿Ir a Atlánfrica, a República Omogo, a Costa Coral…?

—No será necesario eso. Por esta vez no va a viajar. Los cuatro hombres están aquí, en Washington.

—¿Los cuatro?

—Si, sí… Está Marlon De Koven, Xav Mathieson, jefe de Estado de Atlánfrica; Kero Dambatu, presidente de República Omogo, y Orville Neville, primer ministro de Costa Coral. Marlon De Koven se ha alojado en el «Chrichton Palace». Los otros se han alojado en sus respectivas embajadas. Y los cuatro han sido invitados a la fiesta de fin de semana de Gertrude Forsythe, en la cual se expondrán las piedras preciosas de la colección «Arco Iris». ¿La ha oído nombrar?

—¡Mum!… Algo recuerdo, sí… Pero no muy bien. No le di importancia a la existencia de una nueva colección de brillantes. Son sólo piedras.

—Sí, comprendo su punto de vista. Sin embargo, esa colección de piedras preciosas y joyas tiene una considerable fama internacional. Todos sus componentes proceden de las minas de Atlánfrica, de cuyo país es oriunda Gertrude Forsythe. Parece que esa exhibición es una especie de… propaganda para su país, pero, muy cortésmente, la señora Forsythe ha invitado a los jefes de los dos países vecinos al suyo, quizá considerando que, en definitiva, los tres países tienen excelentes minas, y que lo que se ha obtenido en uno de ellos podría ser obtenido cualquier día en cualquiera de los otros dos… En definitiva, Gertrude Forsythe ha invitado a unos cuantos amigos, a la prensa, a los gobernantes de los países vecinos de Atlánfrica… Será una especie de fiesta con el gran incentivo de

contemplar una de las colecciones más interesantes del mundo en piedras preciosas.

—Y nuestros cuatro personajes han sido invitados a esa… exhibición de la colección «Arco Iris»… ¿Ha ocurrido esto antes?

—No. Esos tres gobernantes no han estado nunca juntos.

—Y, además, estará ese Marlon De Koven, el mercenario que dispone de más de mil hombres armados… ¿Qué debe sugerirme esto?

—La Junta opina que uno de esos tres gobernantes ha conseguido que Marlon De Koven sea invitado allí.

—¿Para contratarlo?

—Es posible.

—Entiendo. Sin embargo, para contratar a ese mercenario no hace falta invitarlo a ningún sitio. Se le puede citar en cualquier lugar discreto, ¿no le parece?

—Eso es lo que nos sorprende, Baby. ¿Por qué reunirse los cuatro hombres? Tres gobernantes y un hombre que dispone de un pequeño ejército de combatientes profesionales. ¿Qué están tramando todos juntos… o por separado? Sea lo que sea, usted debe averiguarlo. Y para su… reacción, no olvide que a Estados Unidos le interesa conservar la paz en esos tres países, que admiten el comercio y el intercambio de ideas políticas con nosotros. No queremos que ese equilibrio, que ese estado de cosas, se rompa.

—Lo encuentro razonable —sonrió Brigitte, en la oscuridad—. ¿No hay más fotografías para ver?

—Sí. La colección «Arco Iris». Véala… Tenemos varias diapositivas… Observe qué diamantes y brillantes… Hay dos de ellos que tienen más de quinientos quilates. En general, son unas piedras bellísimas… Casi todas tienen nombre, pero no los recuerdo… Luego le entregaré una lista, con las fotografías… ¿No le gustan?

En la pantalla habían ido apareciendo hermosos brillantes, llenos de luz interior, con tornasoles fantásticos… Pero Brigitte encogió los hombres, y replicó:

—Me gustan estas piedras cuando son para adornar un rato a una chica bonita, pero eso es todo. Como regalo, como una pacífica frivolidad, los encuentro aceptables y hasta divertidos. Tengo algunas piedras parecidas, y lancé grititos de entusiasmo cuando me

las regalaron. Pero no realizaría el menor sacrificio por un brillante. Y hasta dejan de gustarme cuando se convierten en motivo de… discordias.

—Me parece que estamos de acuerdo. Bien, ya no quedan más fotografías. ¿Ha traído su… equipo completo en el maletín?

—Desde luego.

Las imágenes habían desaparecido en la pequeña pantalla, y *Mr*. Cavanagh encendió la luz del despacho.

—¿Qué peluca ha traído? —preguntó, sonriendo.

—La rubia.

—Bien. Sería conveniente que se preparase ahora mismo. Va a conocer a una persona, pero no interesa que esa persona sepa que Baby es la señorita Montfort.

Brigitte asintió con la cabeza. Colocó su maletín sobre la mesa de *Mr*. Cavanagh, le dio la vuelta a un cuadro y apareció un espejo, ante el cual comenzó a transformar su rostro: aros en la nariz; microlentillas en los ojos, que tomaron un color violeta; almohadillas de espuma en la boca; peluca rubia… Cuando se volvió hacia *Mr*. Cavanagh, éste asintió, complacido, haciendo además un gesto de admiración.

—¿Está bien así? —sonrió la nueva Brigitte.

—Por supuesto. Luego le tomaremos unas fotos, y se le hará documentación adecuada, pues, aunque no va a salir de Washington, conviene prevenirlo todo… ¿Cómo le gustaría llamarse?

—¡Mum!… ¿Va bien Cleopatra?

—No —sonrió de nuevo *Mr*. Cavanagh.

—Pues Dalila.

—Tampoco.

—¿Lili Connors?

—¡Eso está mejor! —rió *Mr*. Cavanagh—. Me encanta su humor. Ahora vamos a ir a ver a un hombre que se llama Ronald Mills, y que está esperando en un despacho cerca de éste. El señor Mills trabaja en la compañía de seguros llamada «General Insurance»; es una de las más importantes del país. Dicha compañía tiene aseguradas las piedras de la colección «Arco Iris», y, en vista de que van a ser exhibidas, ha destacado a su… «agente de seguridad» más competente para que se asegure de que no les ocurre nada a las

piedras de la colección «Arco Iris». Aprovechando esto, y que el señor Mills nos debe… algunos favores, le hemos sugerido, muy confidencialmente, que admita un ayudante para su cometido de vigilar la colección «Arco Iris».

—Y ese ayudante soy yo.

—Por supuesto. El señor Mills no es tonto, y ha comprendido en el acto que esas piedras no despiertan el menor interés en la CIA, sino que pretendemos algo muy diferente que vigilar las joyas. Cuando le he dicho que llevaría una mujer como ayudante, me ha preguntado en el acto si se trataba de Baby. Le he dicho que no, pero no sé si lo he convencido.

—¿No es de confianza el señor Mills? —sonrió Brigitte.

—Sí lo es. Pero no veo la necesidad de que él sepa que va a trabajar con Baby, pues en tal caso comprendería que el asunto es muy importante, y quizá se… inquietase demasiado. Es inteligente, y valiente de un modo razonable, pero no tiene la clase de nervios que nos conviene.

—Entonces quizá sería mejor no meterlo en esto —musitó la espía.

—Preferimos que se haga así. Podríamos haberle conseguido una invitación a usted, pero si algo ocurre no queremos que el nombre de la señorita Montfort aparezca entre los invitados.

—Me cuidan mucho, ¿no le parece?

—Hijita, no hay más que una Baby…, para desgracia de la CIA. Bien… Vamos ya a ver al señor Ronald Mills.

—¿Cómo es él? —sonrió Brigitte… ¿Atractivo?

* * *

No.

El señor Ronald Mills no era atractivo, ni mucho menos. Era bajito, grueso, fuerte, algo calvo y feo. Sencillamente, feo. Sin embargo, tras mirar atentamente sus pequeños ojos oscuros y el rictus de su gran bocaza sonriente, Brigitte lo catalogó en el acto, y se dijo que no tenía la menor importancia aquella fealdad.

Ronald Mills, que estaba fumando y leyendo un periódico, se puso en pie en cuanto aparecieron ella y *Mr*. Cavanagh. La miró de arriba abajo, tiró el cigarrillo al cenicero, se dio un puñetazo con la

mano derecha en la palma de la izquierda, lanzó un silbido y tendió su mano regordeta a la espía.

—¡Chóquela! —exclamó—. ¡Me moría de ganas por conocer a la agente Baby!

Brigitte se echó a reír, aceptando aquella mano, que resultó maciza, fuerte, agradable. *Mr.* Cavanagh frunció el ceño y murmuró:

—Le presento a la señorita Lili Connors, Mills. Ella será la ayudante que convinimos.

—Muy bien, muy bien, muy bien… Si algún día me van mal las cosas, ya sé cómo obtener algunos dólares: chantajeando a la CIA con la amenaza de revelar al espionaje enemigo el nombre de la agente Baby: Lili Connors. ¿Cómo está, Lili?

—Muy bien —rió de nuevo Brigitte—. No le pregunto cómo está usted, porque es evidente: sano, alegre, feliz…

—¿Verdad que sí? Hace ya algunos años, una mañana, al levantarme, me ocurrió una cosa muy curiosa… Estaba harto de trabajar en una oficina relativamente importante. Hacía frío, había dormido mal, me sentía cansado, aburrido, asqueado y fracasado. Pensé en la oficina en cuestión y me dije: «Muchacho, estás haciendo el imbécil; sólo se vive una vez, y tienes que arreglártelas de modo que esta única vida sea lo más agradable posible». Así que dejé aquella oficina, me gasté mis ahorros en una estancia de diez semanas en Miami Beach y luego me puse a buscar un trabajo divertido y bien pagado.

—¿Lo encontró?

—Pues… no me va mal con esto de vigilar joyas ajenas. La «General Insurance» se asombró cuando le solucioné un par de casos, y decidieron darme una pistola, diez mil dólares más al año, gastos pagados y un coche formidable. Aparte de eso, no tengo horario fijo, no recibo órdenes a cada momento, ni me preocupa la posibilidad de que dentro de una semana no tenga un centavo o me convierta en millonario. ¿Qué más puedo pedir?

—Supongo que nada más —rió de nuevo la espía.

—¿Verdad que sí? Bueno, Baby, podemos…

—Señor Mills, mi nombre es Lili Connors.

—¿Cómo? ¡Ah, sí!… ¡Oh, bien, claro!… Pues bien, Lili, creo que podemos dedicarnos a estudiar el asunto. La señora Forsythe fue tan

amable de facilitarme ayer un plano de su casa, así que he tenido tiempo de pensar en la distribución y características de las alarmas. Se lo mostraré todo, por si merece su aprobación. En caso contrario, la escucharé con gusto, porque cuatro ojos ven más que dos y porque…

—Señor Mills, usted es el experto en alarmas. También es el experto en buscar y localizar ladrones de joyas. Por tanto, le dejaré ese trabajo para usted solito. ¿De acuerdo?

—Si lo prefiere así…

—Lo prefiero. A cambio de ello le pediré dos cosas. Una, que no olvide que mi nombre es Lili Connors. Dos, que se limite usted en todo momento a sus funciones propias de vigilante de los objetos asegurados por su compañía. ¿Sí, señor Mills?

Éste miró a *Mr*. Cavanagh, a Brigitte, a *Mr*. Cavanagh y de nuevo a Brigitte.

—De acuerdo —musitó, parpadeando lentamente.

—La señorita Connors pasará a recogerlo a su hotel mañana temprano, señor Mills —dijo *Mr*. Cavanagh—. Irán juntos a la casa de la señora Forsythe, y se dedicarán a instalar las alarmas que usted crea conveniente. Luego, como es natural, permanecerán en la casa hasta que, el domingo por la noche, se marchen los invitados. Durante esos dos días que las joyas permanecerán expuestas, limítese a su trabajo, tal como le ha aconsejado la señorita Connors.

—¡*Okay*! ¿Debo marcharme ya?

—Será sacado de Langley tan discretamente como lo trajimos.

—Gracias. Esto… ¿No cree que la señorita Connors debería saber cómo funcionará todo el dispositivo de alarmas?… En fin, todo.

—A la señorita Connors le bastará ver lo que usted hace con sus aparatos para saber muy bien a qué atenerse, no se preocupe. Voy a insistir una vez más, Mills: no interfiera en el trabajo de Lili. Haga lo suyo y olvide lo de los demás.

—Está bien, está bien —refunfuñó Mills—. No soy ningún niño para que me tengan que dar tantos sermones. ¿Algo más?

—No. Ya se han conocido ustedes, ella pasará a buscarlo al hotel por la mañana… y eso es todo.

—¡Chóquela! —dijo de nuevo Mills—. Puesto que me echan de aquí, me largo. Hasta mañana, Lili. ¿A las once?

—A las nueve —sonrió la divina.

—¡A las nueve!… ¡Qué horror! En fin…, ya dije antes que no tengo horario fijo. ¡Adiós!

Cuando quedaron solos, *Mr*. Cavanagh se quedó mirando a Brigitte, que parecía muy pensativa.

—¿Qué opina de él? —musitó.

—No me gusta.

—¿No le gusta? Es un hombre honrado y leal, Brigitte… Un tipo con agallas, aunque no lo parezca. Lleva revólver, persigue ladrones de joyas, es investigador privado, es inteligente…

—No me gusta —repitió la espía—. Pero en un sentido diferente al que usted ha interpretado. Ronald Mills me cae bien, porque es simpático, vivaz e inteligente, lo he notado. Pero no me gusta… Es de la clase de hombres que, si se metiesen en espionaje, aparecerían degollados en menos de una semana.

Capítulo III

Exactamente a las nueve en punto la señorita Lili Connors pasó por el hotel donde estaba alojado Ronald Mills. Y ni siquiera tuvo que preguntar por éste. Ronald Mills la esperaba en el vestíbulo, correctísimamente vestido, afeitado y oliendo estupendamente a loción masculina.

—Muy buenos días, Lili preciosa —saludó alegremente—. ¿Ha dormido bien?

—Siempre duermo bien —sonrió Brigitte—. ¿Y usted?

—También. Como un niño cansadísimo de jugar. ¿Ha venido en coche propio?

—No. En taxi.

—Estupendo. Tengo mi coche en el estacionamiento del hotel, con todo el equipo ya cargado, de modo que podemos ir en seguida a la villa de la señora Forsythe. Dígame una cosa: ¿qué lleva en ese maletín? ¿Armas?

—¡Por favor!… ¿Qué concepto tiene usted de los espías, señor Mills? Solamente llevo mis artículos de tocador y una camisita de dormir.

—¿De veras? —Quedó estupefacto Mills—. ¿No va armada?

—Sólo un poquito. Lo imprescindible para una espía como yo.

—Bien… Así será, si usted lo dice. Vamos al coche. Permítame que le lleve el male…

—¡No, gracias. Pesa demasiado para usted!

—¿Cómo? —exclamó Mills.

Riendo, Brigitte señaló hacia la salida del hotel, y los dos fueron hacia allí. Un par de minutos más tarde, Mills al volante del gran auto, salían del estacionamiento. Brigitte encendió un cigarrillo y volvió la cabeza hacia el agente de seguridad de la «General Insurance».

—¿Tiene a mano el plano de la casa de la señora Forsythe?

Sin replicar, Mills lo sacó de un bolsillo interior de la chaqueta y se lo entregó. Durante cinco minutos la espía internacional estuvo estudiándolo atentamente. No cabía duda de que era una hermosa casa, rodeada de jardín; había piscina y una pista de tenis en aquél. Estaba marcado el emplazamiento del garaje y las dos salidas que tenía el jardín, una grande, frente a la casa, y lo que debía ser una pequeña puerta a espaldas del edificio, al fondo.

—¿Qué le parece? —preguntó Mills.

—Es una casa grande, hermosa y vulgar.

—¿Vulgar?

—Quiero decir que no tiene nada de extraordinario, ni de diferente respecto a otras por el estilo, ni de exótico. Una casa señorial clásica. Entiendo, claro, que la señora Forsythe es riquísima…

—Millonaria, naturalmente —aseguró Mills.

—Hay una pregunta que olvidé hacerle anoche. ¿En cuánto está valorada esa colección de pedruscos llamada «Arco Iris»?

—¡Pedruscos! —protestó Mills—. ¡Es una hermosa colección, se lo aseguro! Sólo por eso, a pesar del riesgo, mi compañía aceptó asegurarla. Es una especie de… publicidad para la «General Insurance». Si algo saliese mal, desde luego sería una publicidad ruinosa. La colección completa está valorada en siete millones de dólares.

—Bien.

—¡Cómo! ¿No lanza una exclamación de asombro?

—Las cifras no me impresionan, señor Mills. ¿Cuánto tendría que pagar su compañía si esas joyas… desapareciesen?

—El contrato está firmado por cinco millones. Como comprenderá, estamos dispuestos a tomar todas las precauciones posibles.

—Es lógico. ¿Estaremos solos usted y yo?

—Sí. Pero lo comprenderá cuando le explique todos los sistemas de alarma y seguridad. Soy un experto instalándolos… Nadie en el mundo conseguiría jamás robar esas joyas. La «General Insurance» tiene patentado el sistema de alarmas, y se ha comprobado que es eficacísimo. De veras: nadie, absolutamente nadie, conseguiría robar esas joyas.

Brigitte se limitó a sonreír amablemente al oír esto.

—¿Cuántos criados hay en la casa?

—Ocho en total. Un mayordomo, un chófer, un jardinero, una cocinera, dos camareros y dos doncellas.

—¿De absoluta confianza para la señora Forsythe?

—Es de suponer que sí. Oiga, me está haciendo usted muchas preguntas y yo aún no le he hecho ninguna.

—Pues haga alguna.

—¿De veras? Bien… ¿Qué busca la CIA en este asunto?

—Distraerse.

—¿Qué?… ¿Distraerse? ¡Me está tomando el pelo!

—Eso sería una crueldad por mi parte, con el poco que le queda, señor Mills.

—¡Je, je! —rió Mills—. ¡Ésta es buena! ¡Je, je, je! ¡Lo bien que lo vamos a pasar usted y yo, Lili preciosa!

—Sin duda —sonrió la espía.

Veinte minutos más tarde, riendo los dos, llegaron a la casa de Gertrude Forsythe, en Wisconsin Avenue, situada de espaldas a Dumbarton Oaks Park. Había una gran verja de hierro, que les fue abierta por el jardinero, quien aceptó, riendo, una broma de Mills, al cual conocía ya del día anterior. Hermosos jardines, camino suave y amable… Por fin, la casa, con un aspecto imponente, blanca, con columnas. El mayordomo recibió con una sonrisa a Mills, que parecía capaz de ganarse la simpatía de una piedra, y se inclinó cuando el agente de seguridad de la «General Insurance» presentó a la señorita Connors como su ayudante. Es decir, que la señorita Connors podía deambular por toda la propiedad libremente, pues estaba bien entendido que entre ambos se iban a dedicar a instalar las alarmas y sistemas de seguridad. Los dos camareros, que esperaban detrás del mayordomo, se hicieron cargo de los dos grandes baúles que Mills; llevaba en la parte de atrás del coche, y los llevaron al salón donde se llevaría a cabo la exhibición.

—Agradecido —dijo Mills—. Si alguna vez se cansan de este empleo, búsquenme: los contrataré para que me lleven el equipo.

Los dos hombres sonrieron y se retiraron. El mayordomo se quedó mirando sonriente al simpático gordito.

—Si desea algo, señor Mills, sólo tiene que tirar de la campanilla.

—De acuerdo. ¿Y la señora Forsythe?

—Ella está descansando todavía. Pero me instruyó en el sentido de que si llegaba usted le diese todas las facilidades.

—Magnífico. Es todo por ahora, Sims. Gracias.

—A usted, señor.

Quedaron los dos solos en el salón. En el centro de éste, vacías, se veían las vitrinas donde serían expuestos los brillantes y diamantes, sobre terciopelo azul. Todo estaba preparado. Sólo faltaba instalar la alarma… y las joyas.

—¿Dónde están las joyas? —preguntó Brigitte.

—En la caja fuerte, en el gabinete privado de la señora Forsythe.

—¿No estarían mejor en la caja de un Banco o algo así?

—¡Je!… Me gustaría conocer a alguien capaz de abrir la caja fuerte de la señora Forsythe sin tirar la casa abajo.

Brigitte volvió a sonreír amablemente y se acercó al gran ventanal que daba al jardín, a un lado de la casa. Alzó la ventana central, sacó la cabeza y estuvo unos segundos mirando a todos lados. Se volvió, cerró la ventana y se quedó mirando a Mills, que estaba sacando sus aparatos, con exquisito cuidado, absorto en su labor.

—¿Vamos a colocar ya todo eso? —preguntó Baby.

—¡Oh, aún tardaremos una hora!… Tengo que prepararlo antes.

—Entonces iré a dar una vuelta por ahí.

—¿Eso piensa hacer? —La miró estupefacto él—. ¿No quiere que le vaya diciendo cómo funciona todo esto?

Ella se acercó, echó un vistazo a los aparatos y sonrió angelicalmente.

—Demasiado complicado para mí, señor Mills. No creo que pudiera aprenderlo tan pronto. Necesitaría por lo menos… dos o tres días para eso.

—¿Dos o tres días? ¡Mi querida y encantadora jovencita, si yo no le explicase cómo funcionan mis juguetes, usted no lo aprendería ni en dos o tres años!

—Claro, claro, claro… Pues por eso mismo no vale la pena que me moleste. Hasta ahora. ¡Oh, oh!… Una cosa más, señor Mills. Según tengo entendido todas las colecciones famosas de joyas tienen su duplicado. ¿Es éste el caso de la colección «Arco Iris»?

—Naturalmente.

—Y… ¿dónde están esos duplicados?

—También en la caja fuerte, claro. Cuando la señora Forsythe decide enjoyarse, recurre, generalmente, a ellos. Es peligroso andar por ahí con una joya encima valorada a lo mejor en setecientos u ochocientos mil dólares. Para eso están los duplicados. Y todos saben que quien lleva el duplicado de la joya tiene el original, por supuesto. Es una medida de seguridad.

—Entiendo. Bueno, siga trabajando… Ya vuelvo. Oficialmente estoy examinando todas las entradas y salidas de la casa.

—Comprendo —parpadeó Mills—. Haga su trabajo mientras yo me dedico al mío.

—Ese es exactamente el trato. No lo olvide.

Salió del salón y se quedó cerca de la puerta, mirando a su alrededor a todas las puertas que daban al grandioso vestíbulo. Luego miró la blanca escalinata que ascendía hacia el primer piso. Arriba, una de las doncellas se dedicaba a limpiar los apliques de luz próximos a la escalera; miró con curiosidad a Brigitte, pero siguió en seguida con su trabajo.

Durante quince minutos estuvo recorriendo las dependencias de la parte baja de la casa, examinando las ventanas, las salidas a las terrazas… Por fin, entró en el gabinete privado de Gertrude Forsythe, y cerró la puerta tras ella. No la había visto nadie.

Lo primero que hizo fue ir a la ventana y examinarla. Si alguien la veía desde afuera, mejor, pues podría decir, en caso de necesidad, que aquel gabinete, igual que las demás dependencias, las había examinado como una medida más de seguridad.

Por fin, quedó de espaldas a la ventana, mirando a todos lados. Indudablemente, Gertrude Forsythe tenía muy buen gusto… y mucho dinero. Habían hermosas alfombras, magníficos cuadros, muebles severos de corte clásico lujoso… Fue moviendo negativamente la cabeza hasta que su mirada quedó fija en aquel mueble de madera más oscura; parecía una pequeña cómoda, con cajones. Se acercó a ella y pasó las manos por los bordes. Nada. Luego intentó abrir un cajón y no pudo. Sonriendo, fue tirando de los pomos de los cajones hasta que, sin ninguna sorpresa para ella, toda la parte frontal del mueble se abrió, igual que la tapa de un libro. Y detrás apareció la mole brillante, solidísima, maciza, de la caja fuerte de la señora Forsythe.

Tras una mirada a la puerta del gabinete, Brigitte abrió su

maletín y sacó una especie de embudo pequeño, como de tres pulgadas de longitud. Se colocó el aparato en el oído izquierdo, introduciendo en éste el extremo delgado; luego acercó su cabeza a la puerta de la caja fuerte, hasta que la parte ancha del embudo quedó apoyada en el acero. En seguida rodeó con sus finos deditos el disco de la combinación y lo movió ligeramente. Frunció el ceño e insistió. Aún se frunció más su ceño e insistió de nuevo…

Cinco minutos más tarde seguía moviendo el disco, oyendo los sonidos del mecanismo especial dentro de la gran puerta de acero. Unas finas, minúsculas, gotitas de sudor habían aparecido en el borde superior de la frente de Baby, y sus ojos, ya expresando inquietud, miraban cada vez con más frecuencia hacia la puerta del gabinete. Cinco minutos más tarde el sudor había aumentado en su frente. Seguía en la misma postura, acuclillada ante la caja, doloridas sus rodillas… Se apartó un poco, suspiró y se quedó mirando una vez más hacia la puerta. A toda prisa se quitó aquel pequeño embudo especial de su oído, lo tiró dentro del maletín, cerró éste, se incorporó y fue hacia la ventana. Estaba alzándola cuando la puerta del gabinete se abrió suavemente. Simuló no oírlo, mientras examinaba con grandísima atención la ventana y el marco…

—¿Qué hace usted aquí? —Oyó.

Se volvió, simulando sobresalto. Todavía en el umbral, una dama la contemplaba con el ceño fruncido. Alta, esbelta, elegante, impecable su atuendo mañanero. Debía tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años y se conservaba admirablemente. Ojos claros, cabellos muy discretamente teñidos de su color natural castaño claro, boquita pequeña, pero voluntariosa… Resultaba señorial y agradable. Junto a ella, un poco más atrás, una hermosa joven, cuyo parecido con la dama era extraordinario; madre e hija, era fácil para cualquiera comprenderlo. Al lado de la muchacha, un hombre… magnífico. Alto, delgado, elegantísimo y serio, de blancos cabellos, ojos oscuros y brillantes, amables… Llevaba barba, también casi completamente blanca, y su aspecto general resultaba impresionante. Magnífico, en definitiva. Parecía tener unos sesenta años. En su mano izquierda llevaba un estuche que, obviamente, contenía un violín.

—Me llamo Lili Connors, señora —musitó Brigitte—. Soy la

ayudante del señor Mills.

—Sí, ya he supuesto eso —dijo la dama—. Pero ¿qué está haciendo en mi gabinete?

—Bien… Entiendo que la caja fuerte está aquí y quise comprobar qué sistema de alarma convenía colocar en la ventana para…

—Ya a hay un sistema de alarma en esa ventana, que se conecta durante las noches o en ciertos momentos convenientes. Así lo sugirió la «General Insurance» y así se hizo.

—Sí… Sí, es cierto… Sin embargo, estaba estudiando la posibilidad de cambiar ese sistema, señora. Tenemos otro más… actual, más seguro. ¡Oh, supongo que usted es la señora Forsythe, claro!

—En efecto. ¿Y…?

—Si le parece bien, consultaré con el señor Mills respecto a la conveniencia de modificar este sistema de alarma. Y lo someteremos a su aprobación, naturalmente.

Gertrude Connors se quedó mirándola fijamente, ladeada la cabeza. Por fin, murmuró:

—¡No me ha gustado su intromisión en mi gabinete privado, señorita Connors, y le agradecería que no la repitiera! Sin embargo, admito que quizá sería interesante estudiar el cambio de sistema de alarma. Hablaremos de eso el lunes con el señor Mills. Puede retirarse.

—Gracias —sonrió levemente Brigitte.

Poco después se reunía en el salón de la exhibición con Mills, que alzó la cabeza y la miró como distraído.

—Pronto podremos empezar a instalar esto… ¿Cómo le ha ido?

—Bien. Aunque la señora Forsythe parece haberse disgustado un poco conmigo. Llegó a su gabinete cuando yo estaba examinando la ventana, y no le gustó mi presencia. Le he dicho que usted me envió a examinar todas las entradas de la casa, y que le sugeriré que cambiemos el sistema de alarma de su ventana por otro más moderno y efectivo.

—Comprendo. Parece usted un poco molesta, ¿no? Seguramente no le gusta que la riñan.

Brigitte alzó las cejas, divertida.

—Lo que la señora Forsythe pueda decirme, señor Mills, me

tiene completamente sin cuidado. Si estoy molesta es conmigo misma, por no haber colocado un micrófono en aquel gabinete nada más llegar. Si lo hubiera hecho ahora podríamos escuchar la conversación de la señora Forsythe con su hija y un magnífico caballero de blanca barba…

—¡Ah, sí!… Ayer estaba también por aquí. Creo que es un buen violinista profesional, que viaja por todo el mundo. Se llama… Murray… Sí, Charlton Murray. Oiga —miró vivamente a Brigitte—, quizá ese violinista sea un espía, ¿eh?

—Todo es posible —sonrió Brigitte—. Si lo es, lo sabremos más o menos pronto. Pero, por el momento, tendré que resignarme a no oír esa conversación, así que le ayudaré a usted…

Capítulo IV

En definitiva —decía el magnífico personaje de la barba blanca—, no sé qué pensar. Xav Mathieson no me ha parecido nunca el hombre idóneo para esto, Gertrude.

—¿Por qué no? —protestó Gertrude Forsythe.

—No sé… Me extraña que él esté dispuesto a hacerlo. Es una persona íntegra, inteligente, muy consciente… Me sorprende, eso es todo.

—También podría sorprender a cualquiera que yo esté dispuesta a ayudar a Xav Mathieson y en cambio es bien cierto.

—Por otra parte —intervino su hija, la bella Flora Forsythe—, yo también tengo parte en esto, y, francamente, Charlton, prefiero que sea Mathieson el elegido. No me gustaría llegar a esa clase de… situación con Orville Neville. Y menos aún con Kero Dambatu.

—Verdaderamente —casi rió Charlton Murray—, estar casada con Dambatu no sería nada agradable. Y casi menos agradable me parecería con Orville Neville. Es un hombre muy… brusco y desagradable. En cambio, Xav Mathieson es apuesto, más joven que los otros, educado, amable… Sí. Me sorprende realmente que él se haya decidido a eso, Gertrude.

—Si quieres puedo enseñarte su carta, en la que lo deja entender bien claramente.

—Me gustaría leerla, sí.

—Yo se la daré —dijo Flora.

Se fue hacia el mueble simulado tras el cual estaba la caja fuerte y abrió la parte frontal…

—A todo esto… —musitó Murray—, ¿qué dice Marlon De Koven sobre el asunto?

—¿De Koven? ¿Qué va a decir? Él estará al lado de quien le pague. Si Xav Mathieson le paga, la cosa no admite discusiones. Y como todo está previsto y preparado, Mathieson podrá pagar los

servicios de Marlon De Koven. ¿Estás esforzándote en encontrar dificultades, Charlton?

—Pues no… ¡Claro que no! A fin de cuentas, mi parte no va a ser precisamente de las más fáciles, de modo que un aumento de dificultades casi me haría desistir.

—¿Desistir tú? —rió Gertrude Forsythe—. ¡No lo creo!

—Bueno —sonrió Murray—. Ya voy siendo viejo, querida. Las cosas no son tan fáciles a los sesenta y un años como a los cuarenta. De todos modos, no espero fallar en ningún punto. Es todo arriesgadísimo, pero, puesto que se tiene que hacer, se hará… ¿Viene o no viene esa carta, Florrie?

—Un momento…

—¿Qué pasa? —refunfuñó Gertrude—. ¿No puedes abrir la caja?

—Es que algo va mal… Parece como si se hubiera estropeado algo de… ¡Ya está!

—Estás un poco torpe, hijita —sonrió Gertrude—. Espero que seas mucho más hábil con Xav Mathieson.

—Ya verás cómo sí —rió la muchacha—. ¡Cuando él quiera darse cuenta ya estará casado conmigo! Aquí está la carta…

La llevó a Charlton Murray, que tras examinarla por encima con displicencia sacó el papel del sobre, lo extendió y comenzó a leer. Cuando terminó, guardó cuidadosamente la carta y la tendió hacia Flora, quedando pensativo, bajo la atenta mirada de las dos mujeres.

—¿Y bien? —susurró Gertrude.

—Si yo hubiera escrito esta carta —sentenció Murray—, no las tendría todas conmigo ahora. ¿Cómo es posible que un hombre tan inteligente y moderado como Xav Mathieson haya podido escribirla?

—¿Aún no estás convencido? —protestó Gertrude.

—Completamente, desde luego, querida… Ese Xav Mathieson, pobrecillo, no es más que un ingenuo. Guárdala bien, Florrie, porque mientras la tengamos seremos los vencedores.

La muchacha tomó de nuevo la carta y la guardó en la caja fuerte, sonriendo.

—¿No quieres ver la colección «Arco Iris» ahora, Charlton?

—¿Para qué? Cuanto menos las mire, mejor. Soy de los que suelen quedar deslumbrados por la belleza… Y conviene tener la

vista en perfectas condiciones.

Las dos mujeres rieron quedamente.

—Ya que hablas de belleza, Charlton, opino que siempre has sido muy exigente. Por eso nunca te casaste. ¿O quizá es porque las mujeres no te impresionan?

—Me impresionan muchísimo… cuando son impresionantes. Yo soy un sibarita, Gertrude, no lo olvides. Soy un… artista sensible para todo. Me gusta la perfección. Y las mujeres son como los brillantes: hay muchos, pero la mayoría imperfectos. Y me pregunto, ¿para qué quiero yo un brillante imperfecto?

—Con esas ideas, morirás soltero.

—Eso me temo. En primer lugar, creo que empiezo a ser ya mayor para pensar seriamente en una mujer. Y en segundo lugar, sé que no existe la mujer que yo quisiera. ¡Oh, éste es un tema tonto entre nosotros!, ¿no os parece?

—Tienes razón —admitió Gertrude, poniéndose en pie—. Sugiero que vayamos a ver cómo está quedando el sistema de alarma y seguridad. Según el señor Mills, es absolutamente imposible que nadie pueda robar esas piedras una vez estén en el salón. Asegura que estarán allí incluso más seguras que en la caja fuerte.

—El optimismo del señor Mills es enternecedor —sonrió Murray—. Pero cuando lo dice con tal seguridad debe tener sus motivos. Vamos a ver sus instalaciones.

Salieron los tres del gabinete privado de Gertrude Forsythe y poco después entraban en el salón donde se realizaría la exposición de la colección «Arco Iris».

Ronald Mills, que estaba en lo alto de una escalera colocando un aparato en el ángulo formado por una pared y el techo, se apresuró a bajar, y se acercó a ellos, sonriendo amablemente.

—Buenos días, señora Forsythe; señorita Forsythe, señor Murray… ¿Vienen a contemplar la obra de arte?

—Buenos días, señor Mills. Dígame, ¿llama usted obra de arte a una instalación de alarma?

—De alarma y seguridad —puntualizó Mills—. Y, desde luego, considero que es una obra de arte. Todo lo bien hecho puede ser llamado así, a mi juicio.

—El señor Mills tiene razón —sonrió Murray—. ¿Cómo funciona

todo esto?

—Bueno… Es bastante complicado, señor Murray. Tengan en cuenta que hay catorce aparatos en total. Este es el equipo especial, el que utilizamos para las grandes ocasiones. Y no cabe duda de que la colección Arco Iris merece este equipo. Recuerdo un caso de robo de joyas que estaban aseguradas en otra compañía. Fue hace dos años, en…

—Señor Mills —sonrió suavemente Gertrude Forsythe—, aún no ha contestado a la pregunta del señor Murray.

—Bien… Hay dos cámaras de televisión a luz normal y otras dos a luz infrarroja. Aparte hay dispositivos que harán descender unas rejas metálicas especiales que cubrirán la puerta y la ventana en cuanto una sola piedra preciosa sea movida de su sitio. Existe, además, un sistema especial de gases narcóticos. Precisamente dentro de unos minutos montaré las rejas; son como una red que cierra la salida y que…

—Pero ¿cómo funciona todo? —Pareció impacientarse Gertrude Forsythe.

—Créame que lo siento, señora Forsythe, pero los sistemas de seguridad de la «General Insurance» son absolutamente secretos. Por lo menos yo no estoy autorizado a revelarlos.

—Señor Mills, soy una asegurada bastante importante, me parece a mí, y dadas las circunstancias…

—Perdón. Perdón, señora… La «General Insurance» hará todo lo posible para que nadie robe a usted su colección de brillantes y diamantes, y si esto llegase a suceder, le abonaría el capital convenido. Pero, compréndalo, nuestros sistemas de seguridad perderían buena parte de su eficacia si fuésemos divulgando su funcionamiento.

—¿Cree que yo lo divulgaría? —Alzó la barbilla Gertrude.

—No, no —enrojeció Mills—. Yo estoy segurísimo de su discreción, señora. Pero mi compañía también está segura de la mía.

—¡Buena respuesta! —rió Charlton Murray—. En definitiva, lo que importa es que la colección esté segura.

—Sobre eso no cabe la menor duda —murmuró Mills—. Una vez todo instalado, nadie que desconozca el control del sistema podría salir de aquí Quizá entrase, pero no saldría.

—Es un consuelo. ¿Cuándo podremos traer la colección para colocarla en las vitrinas?

—¡Oh, cuando quiera!… Ahora, si le paree bien. Así podré tomar con exactitud ciertas medidas y pesos. Y no se preocupe por esos brillantes, señora Forsythe: insisto en que no estarán más seguros en ningún otro sitio que aquí, bajo mis controles.

—Si yo fuese tú —rió Murray—, me apresuraría a traer aquí la colección, Gertrude.

—¿De verdad es prudente? —vaciló la señora Forsythe.

—¡Por completo! —exclamó Mills—. Si no les roban esas piedras desde su gabinete hasta aquí, ya no se las robarán. Y una vez todo terminado, los controles a transistores quedarán bajo el mando de mi ayudante, la señorita Connors, o el mío personal, por turnos. No hay el menor cuidado.

—Pues vamos a hacer el traslado ya. Flora, querida, ayúdame. Y tú también, Charlton.

Charlton Murray, que había estado mirando muy atentamente a la silenciosa y muy ocupada señorita Connors, alzó la cabeza, parpadeó y asintió con la cabeza. Al mismo tiempo Lili Connors dejaba de interesarse por el aparato que estaba preparando para mirar a Gertrude.

—¿Puedo ayudar en algo, señora? —se ofreció.

Gertrude Forsythe abrió la boca, con un gesto no precisamente amable, pero Murray se le adelantó en la respuesta:

—Por supuesto que puede, señorita Connors. Suponemos que usted debe ser un agente de seguridad tan efectivo como el señor Mills, y nos sentiremos más tranquilos con su compañía. Pero, además, presumo que a usted le gustaría ver muy de cerca la colección y, si es posible, hasta tocar algunos de los brillantes. ¿Acierto?

—Bien —sonrió la rubia señorita Connors—. Francamente, me gustaría. Pero mi intención…

—Comprendemos su amable intención y aceptamos su ayuda… Venga —la tomó de un brazo muy cortésmente—, será usted mi escolta particular.

Las Forsythe miraron un tanto perplejas a Murray, pero no hicieron ningún comentario. Fueron los cuatro al gabinete, y Gertrude abrió la caja…, mientras los ojos de la señorita Connors

permanecían fijos en el movimiento que sus dedos imprimían al disco de la combinación. En pocos segundos la gran caja quedó de nuevo abierta y las dos Forsythe comenzaron a sacar los estuches, que fueron dejando sobre una mesita redonda. Todavía sujetándola de un brazo Murray llevó a Brigitte junto a la mesita, y alzó la tapa de uno de los estuches. Un millón de hermosos reflejos parecieron estallar inmediatamente, con una belleza fantástica, partiendo de los tres enormes brillantes.

—Estos son los más famosos —sonrió Murray—. Y los más caros, por supuesto. Los nombres de estos tres pedruscos llenos de luz son «Helios», «Niágara» y «Africano»… ¿Le gustan, señorita Connors?

—Son maravillosos… ¿Que si me gustan? ¡Daría cualquier cosa por uno solo de ellos!

—¿Cualquier cosa? —musitó Murray.

—Cualquier cosa. Sólo que —rió quedamente— mucho me temo que no tengo nada para dar que pueda valer tanto como este brillante… Como ninguno de los tres.

—¿Quién sabe? —sonrió de nuevo Murray.

—Charlton, será mejor que empecéis a llevarlos al salón. Los que quedan los llevaremos Flora y yo ahora mismo —dijo Gertrude.

—¡Oh, sí! Vea, señorita Connors, le cedo el privilegio de llevar al salón a «Helios», «Africano» y «Niágara». Yo llevaré estas otras dos cajas.

Hacia las doce todos los brillantes estaban en sus respectivas vitrinas, refulgiendo intensamente. La alarma y sistema de seguridad habían sido insolados definitivamente por Ronald Mills, quien aseguró que a partir de aquel momento nadie podría tocar uno solo de los brillantes sin que, una décima de segundo más tarde, simultáneamente, funcionasen todos los sistemas…

—No obstante —acabó—, si usted desea hacer algún arreglo final en la disposición de las piedras, sólo tiene que decírmelo, y yo desconectaré todo el sistema, señora Forsythe.

—No, no… Todo está bien ya. Creo que deberíamos almorzar. Usted y la señorita Connors pueden hacerlo en el comedor interior.

—Sí, comprendo —enrojeció Mills.

—Me imagino, señor Mills, que ha traído usted su *smoking*.

—Sí, desde luego.

—Y usted, señorita Connors —Gertrude la miró displicente—,

espero que dispondrá de un vestido de noche.

—Pues… No lo he traído. Me pareció…

—¿Qué le pareció? Es natural que tanto durante la velada de hoy como la de mañana por la noche usted y el señor Mills estén en los salones con nosotros. Espero de ustedes la… indumentaria adecuada, de modo que nadie piense que son los vigilantes de mis brillantes.

—Iré a mi hotel a buscar la indumentaria adecuada, señora.

—Muy bien. Vamos, Flora… Todavía tenemos muchas cosas que hacer antes de que lleguen nuestros invitados. ¿Vienes, Charlton?

—Estaba pensando —sonrió Murray— que bien podría acompañar a la señorita Connors a su hotel a recoger sus cosas. Es extraño que no haya pensado en eso.

—Creí que esta noche no contarían con mi presencia —murmuró Brigitte—. Según entiendo, la velada de esta noche es íntima, sólo con amigos personales, y mañana será la fiesta oficial, o sea, cuando recibirán más invitados a la cena, periodistas, fotógrafos… Me pareció que sólo en la velada de mañana debía estar presente… de un modo visible.

—Sí, está bien —Gertrude dio media vuelta—. Vamos, Flora.

—Yo la llevaré a su hotel —insistió Murray.

—No, no… Se lo agradezco, señor Murray, pero no quiero causarle una molestia. Iré en el coche del señor Mills.

—No es ninguna molestia. Al contrario.

—De todos modos, no. Gracias.

—Bien… Como guste. Hasta luego.

Murray se fue en pos de las Forsythe, y Mills, no de tan buen humor como era en él habitual, refunfuñó:

—Esa mujer nos trata como a criados, ¿no le parece, Lili?

La espía internacional se quedó mirando fijamente al simpático gordito.

—¿Quiere un buen consejo, señor Mills? —musitó al fin.

—¿Un buen consejo? Bueno… ¿Por qué no? ¿Cuál es?

—Diga que se encuentra mal, y abandone esta casa diciendo que enviará a un sustituto.

—¿Cómo? —Quedó estupefacto Mills.

—Lo que ha oído. Yo me encargaré de buscar ese sustituto.

—¿Colocaría en mi lugar un agente de la CIA, un compañero de

usted?

—Sí.

—Eso quiere decir que no me considera apto para situaciones especiales, ¿no es cierto?

—No tergiverse las cosas. Sólo le he dado un consejo, y me gustaría que lo siguiera.

—Pues no pienso hacerlo —refunfuñó Mills—. No sucederá nada con respecto a los brillantes, pero si así fuese, espero tener ocasión de demostrarle que no soy un tonto ni un inútil. No soy un espía, cierto, pero puedo…

—Hasta luego, señor Mills.

Capítulo V

Llegó al fondo del garaje subterráneo, detuvo el coche, se apeó y, tras mirar a su alrededor, fue directa hacia otro de los coches estacionados allí. Entró en la parte de atrás, quedando sentada junto a *Mr*. Cavanagh, que la miraba seriamente. Al volante de aquel coche había otro hombre, que se volvió y guiñó un ojo a Brigitte, la cual, tras corresponder, señaló con un dedito hacia arriba.

—Llame —musitó.

Mr. Cavanagh abrió la comunicación de la radio de bolsillo que ya tenía en la mano.

—¿Señor? —Oyó en el acto.

—¿La han seguido, Floyd?

—No, señor. Ella ha llegado al garaje de acuerdo a lo convenido, lentamente y en momento de poco tránsito. No la ha seguida nadie, señor, seguro. ¿Baby está bien?

—Sí. Está bien, Floyd. Eso es todo.

Mr. Cavanagh cerró la radio y miró a Brigitte, que aceptaba en aquel momento un cigarrillo que le tendía Simón, ya encendido.

—Ya ha oído: no la han seguido.

—Mejor. Sin embargo, me pareció prudente avisarle a usted por la radio de bolsillo. Ese hombre, Charlton Murray, es… Bueno, quizá me esté equivocando, pero temo que es muy suspicaz. Incluso se ofreció a traerme. No me sorprendería demasiado que se interesase en el hotel de Ronald Mills respecto a si también está alojada allí la señorita Lili Connors.

—Nos estamos ocupando de eso —murmuró *Mr*. Cavanagh—. Dentro de unos minutos usted constará como alojada en este hotel al mismo tiempo que Mills.

—Quizá esté exagerando, pero ya no me fío ni de mi sombra.

—Yo prefiero que lo haga así, Baby. Dígame, ¿ha obtenido algún dato, ha llegado a alguna conclusión, ha oído algo…?

—Estuvieron a punto de atraparme cuando estaba intentando abrir una caja fuerte, pero lo arreglé. No he conseguido nada. Allí sólo se habla de la colección «Arco Iris», que yo sepa. Sin embargo, no desespero de poder abrir esa caja, a ver si dentro encuentro algo interesante. ¿Qué me dice de nuestros cuatro personajes?

—Marlon De Koven se ha dedicado esta mañana a pasear por Washington; concretamente, por The Mall, hasta el Capitolio. Ha estado admirando los edificios sólo desde fuera: el Museo de Historia Natural y Tecnología, la Galería Nacional de Arte, el Museo Nacional de Historia Natural… Ha contemplado largamente el monumento a Washington… Ya ha regresado a su hotel. Kero Dambatu, presidente de República Omogo, no ha salido de su Embajada, y, al parecer, ha estado resolviendo asuntos oficiales. Lo mismo con respecto a Orville Neville, de Costa Coral. Xav Mathieson, de Atlánfrica, ha visitado Arlington, y ha depositado flores en la tumba de John F. Kennedy. Ha asegurado que siempre lo admiró profundamente. También ha vuelto ya a su Embajada.

—Vaya… Parece el más sensible, ¿verdad?

—¡Psé!

—¿Nada más? —sonrió Brigitte.

—Nada más.

—Entonces ya no vale la pena ocuparse de ellos. Su próximo paso será ir a la casa de Gertrude Forsythe a pasar el fin de semana, de modo que yo me encargaré de ellos. Cómprenme algo de ropa, un par de maletas…

—Todo eso está prácticamente resuelto, no se preocupe. A todos los efectos, la señorita Lili Connors está ocupando un cuarto en el mismo hotel que Ronald Mills.

—Yo iré ahora a comprarme algo que necesito con cierta urgencia. Respecto a Charlton Murray, el violinista, vean si se enteran de algo sobre él. Pero no me llamen. Yo llamaré cuando pueda.

—Está bien. Tenga cuidado, Baby, podría ser muy desagradable si esos personajes políticos se enteraban de que les estamos vigilando. En realidad, creo que hemos exagerado la nota. Habría bastado con vigilar a Marlon De Koven.

—Con lo cual —sonrió secamente Brigitte— habríamos ido a parar a la casa de las Forsythe de todos modos, ya que De Koven no

se entrevistará con nadie fuera de esa reunión. Todo va bien, no se preocupe. Y mi impresión personal es que están tramando algo, desde luego. Algo en lo que, sin duda, Gertrude Forsythe es parte muy interesada. Espero saber algo más esta noche, cuando ya estén allí tan curiosos invitados. Bien… Adiós. Adiós, Simón.

Capítulo VI

Al primero en llegar, a las cinco, fue Xav Mathieson, en un gran coche negro, del cuerpo diplomático de Atlánfrica. Gertrude Forsythe, con su hija, salió a recibirlo al pie de la blanca escalinata, tendiendo ambas manos, en un gesto cordialísimo, cariñoso incluso… Desde una ventana, la agente Baby pudo contemplar a sus anchas, directamente, a Xav Mathieson. Destacaban en él su frente despejada, su recia mandíbula… y sus ojos inteligentes, de cansada expresión. Alto, atlético, fuerte, vestido de paisano resultaba un sujeto impresionante, sólido, tranquilo, como si nada pudiera alterarlo.

Desde la misma ventana presenció la llegada de los otros tres invitados. El último en llegar, y sin duda el más impresionante, fue Marlon De Koven. Con sus rubios cabellos largos y alborotados, su sonrisa simpática y su aspecto deportivo, parecía un millonario en vacaciones, y, desde luego, nadie podría pensar que era un mercenario que se vendía, con sus hombres, al que mejor pagase sus servicios de armas.

Kero Dambatu, presidente de República Omogo, era, sin embargo, el más espectacular, con su blanquísima cabellera destacando en su negrísimo rostro. Vestía a la americana con bastante corrección, pero llevaba un bastón de mando pintado de colorines, y parecía amenazar con romper la cabeza a quien no atendiese sus palabras, moviéndolo a cada instante en todas direcciones.

El más desagradable era Orville Neville, primer ministro de Costa Coral. Sus ojos pequeños y simiescos se movían en todas direcciones, como si por sistema desconfiase del mundo que lo rodeaba. Su fea barba entrecana daba a su rostro un definitivo aspecto torvo, inquietante.

Todos fueron recibidos por las Forsythe, y, a medida que

llegaban, iban siendo llevados a su habitación por los criados. Por fin, sabiendo que todos habían llegado sin novedad, Brigitte se retiró a su habitación, en la parte de atrás de la planta baja…, es decir, donde la tenían los criados. Una actitud muy poco amable por parte de Gertrude Forsythe, ciertamente. Pero, en verdad, no sería Brigitte Baby Montfort quien se sintiese mortificada o humillada por lo que pudiera hacer otra mujer.

Sacó la radio de bolsillo y efectuó la llamada. Al instante se oyó la voz de *Mr*. Cavanagh:

—¿Sí?

—Soy Baby, señor. Los invitados han llegado sin novedad.

—Lo sabemos. A partir de este momento usted se encarga de ellos, Baby. Nosotros no creemos conveniente estar cerca de esa casa. No obstante, si algo ocurriese, no vacile en llamarnos inmediatamente.

—Así lo haré. ¿Han sabido algo de Charlton Murray?

—Nada especial. Es un violinista bastante famoso, que vive de sus conciertos. Ha grabado bastantes discos. Eso es todo, por el momento, pero seguimos interesándonos por él.

—¿Cuál es su nacionalidad?

—¡Ah, sí!… Es británico. ¿Por qué?

—Me preguntaba si no sería de Atlánfrica.

—No, no… Es inglés. De Atlánfrica son las Forsythe. Vieja familia la suya en el continente negro.

—Bien. ¿Está resuelto lo del hotel?

—Naturalmente. Ya hace horas. Además, nadie se ha presentado en él preguntando por usted. Baby, esos cuatro hombres y Gertrude Forsythe deben tener algo muy importante que decirse… Quiero que usted se entere de su conversación…

—Para eso estoy aquí. No se preocupe, querido; de un modo u otro conseguiré que las cosas sigan el cauce que conviene a Estados Unidos… sin perjudicar a nadie, claro está. Es todo. Volveré a llamar cuando haya novedades.

Esto último lo dijo en voz muy baja y precipitadamente. Con rapidez guardó la radio y se puso en pie…, al mismo tiempo que sonaba la llamada en la puerta de su cuarto.

—¿Está ahí, Lili? —Oyó.

Sonriendo abrió la puerta e hizo señas a Ronald Mills para que

entrase.

—Adelante, señor Mills; como si estuviera en su casa.

—Francamente —entró Mills, refunfuñando—, no es ésa la impresión que me ofrece la hospitalidad de la señora Forsythe, Lili. Nunca antes me habían alojado en la parte de los criados.

—¿Realmente le preocupa eso?

—No, no… Entiéndalo: los criados son personas igual que yo, naturalmente. Pero yo soy un invitado de la casa oficialmente. ¿Por qué no darme un cuarto de arriba? Y lo mismo a usted, por supuesto.

—Olvídelo. Es evidente que la señora Forsythe prefiere que estemos aquí. ¿Ha visto a los invitados?

—Sí, sí… Los vi llegar. A las seis bajarán todos a ver la colección «Arco Iris». La señora Forsythe les concede este privilegio por encima de los invitados y periodistas que vendrán al cóctel de mañana.

—Demasiadas cosas —musitó Brigitte.

—¿Cómo?

—Me refiero a las… disposiciones de la señora Forsythe.

—Sigo sin entender.

—Me refiero a que la señora Forsythe ha organizado demasiadas cosas, señor Mills. Primero llegamos nosotros e instalamos la alarma. Luego llegan sus invitados preferentes. Mañana, los otros invitados…, o sea, los que sólo asistirán a la fiesta. En cambio, los cinco que han llegado ya vienen para quedarse el fin de semana. ¿Por qué? ¿Qué necesidad hay de ello? Todos están alojados en Washington, excepto Charlton Murray. Es lógico que invite a Murray a su casa, pero… ¿por qué a los otros cuatro, que disponen de espléndidos alojamientos aquí mismo, en Washington?

—Bueno… No sé. ¿Usted qué piensa?

—Todavía no sé qué pensar.

—Seguramente es una simple amabilidad de la señora Forsythe, que quiere tener estos dos días cerca a sus amigos.

—Seguramente. Sin embargo, estoy viendo el movimiento de todos nosotros como el de… unas marionetas manejadas por un hábil artista.

—¿Marionetas? Oiga, usted me está asustando, encanto… ¿De qué habla? ¿Está intentando decirme que los brillantes no están

seguros o algo así?

—¿El qué…? ¡Oh, los brillantes! —sonrió Brigitte—. No creo que debamos preocuparnos por ellos. En fin, señor Mills, usted siga con sus cosas y yo seguiré pensando en las mías.

—¡*Okay*! Bueno, ya le he dicho que a las seis bajarán todos los invitados a contemplar la colección «Arco Iris». Naturalmente, nosotros deberemos estar cerca. Eso es lo que he venido a decirle. ¿Está preparada?

—Yo siempre estoy preparada —sonrió Brigitte.

Capítulo VII

A las seis menos diez vio paseando por el jardín a cuatro hombres, que identificó inmediatamente: eran los que habían llegado acompañando a Xav Mathieson. Orville Neville y Kero Dambatu. Los guardaespaldas. Dos de ellos eran de Mathieson. Y, lógicamente, cada uno de los otros trabajaba para Neville y Dambatu. El guardaespaldas de Kero Dambatu era un negro fornido, gigantesco, con la cara como aplastada, de grandes rasgos como de goma. El de Orville Neville era un blanco diminuto, de cara larga y triste, como si estuviera sumido continuamente en una profundísima pena; sin embargo, en el acto Brigitte lo catalogó como el más peligroso de los cuatro. Naturalmente, todos iban armados; pero si había alguno allí que fuese un auténtico pistolero, ése era el guardaespaldas de Orville Neville. Los de Xav Mathieson eran un blanco y un negro, de aspecto muy agradable ambos, tranquilos, reposados, como su jefe. Por supuesto, los cuatro debían viajar junto a sus jefes con el cargo de «secretarios» o algo parecido. Sin embargo, recorrían el jardín y miraban a todas partes con la atención de quien quiere conocer bien un terreno en el que nunca se sabe qué puede ocurrir. Parecían no prestarse atención uno a otros, pero no cabía duda de que cada uno estaba atento a los demás…

—Todo está listo —dijo Mills—. He desconectado los sistemas para que no haya ninguna clase de contratiempos cuando entren los invitados. Vamos a decírselo a la señora Forsythe, Lili.

Brigitte se apartó de la ventana, sonriendo, y miró a todos lados moviendo graciosamente la cabeza.

—Es usted un artista, señor Mills. Apuesto a que nadie conseguiría robar un solo brillante sin su consentimiento.

—Consentimiento que no pienso dar —rió Mills, complacido.

Salieron al gran vestíbulo, en el cual, por la puerta principal, entraban en aquel momento los «secretarios» de Xav Mathieson.

Detrás llegaba el gigantesco negro que protegía a Kero Dambatu. El último, siempre con su gesto triste, era el menudo guardaespaldas de Orville Neville. Se quedaron por allí, fumando, mirando los cuadros y las arañas de cristal del techo.

Las Forsythe, con Charlton Murray, estaban en el gabinete privado de Gertrude, hablando muy reposadamente.

—Todo listo, señora —musitó Ronald Mills.

—Gracias. Espero que no ocurrirá ningún contratiempo con mis invitados, señor Mills.

—No, no… He desconectado todos los sistemas, naturalmente.

—¿Y cómo lo hace? —saltó Flora Forsythe.

—Querida —sonrió su madre—, el señor Mills ya nos advirtió que ése es un secreto profesional. Lo importante es que no ocurra ningún incidente con la colección. Y en eso el señor Mills está tanto o más interesado que nosotras: le costaría a su compañía nada menos que cinco millones de dólares… ¡Oh, aquí llegan nuestros invitados!…

El primero en entrar fue Xav Mathieson, que sonrió muy cordialmente, dirigiendo una mirada a Flora que Brigitte captó inmediatamente. Una mirada muy significativa, sin duda. Detrás de Mathieson entró Marlon De Koven. Luego, Orville Neville, y, por último, Kero Dambatu. Gertrude Forsythe los acogió con cordialísima sonrisa a los cuatro, y se apresuró a presentar al señor Mills y a la señorita Lili Connors.

—Oficialmente —acabó aclarando— son unos amigos invitados también al fin de semana. Pero, en realidad, son empleados de la «General Insurance», que corre con los riesgos de asegurar la «Arco Iris». Se dedican a vigilar que nada ocurra.

—En ese caso —sonrió Marlon De Koven— será mejor que no piensen en robarle la colección, señora Forsythe.

—¡Oh, por favor! —protestó ella—. Esto no va con ustedes, señor De Koven, sino con los invitados que vendrán mañana. Serán muchos y habrá tantos periodistas que nunca podríamos saber con seguridad si no había alguien… indebido en la fiesta. Por eso la señorita Connors y el señor Mills estarán como unos invitados más.

—Es una precaución muy conveniente, desde luego —aceptó con indiferencia Kero Dambatu.

—Siéntense, siéntense, por favor… Precisamente le estaba

pidiendo al señor Murray que tocase algo para nosotros. Estoy segura de que les agradará mucho escucharlo.

Dambatu y Neville no parecían sentir el menor interés por ello…, ni por mostrarse corteses. Pero Xav Mathieson y Marlon De Koven fueron mucho más correctos.

—¡Magnífico! —aprobó De Koven—. Una buena sesión de música predispondrá el ánimo para ver luego esos hermosísimos brillantes.

—Y, naturalmente —añadió Mathieson—, siempre seguirá siendo más hermosa la música que los brillantes.

—Es usted muy amable —se inclinó Charlton Murray.

Tomó el estuche, lo abrió y sacó su violín. Brigitte se había sentado en una butaquita y miraba de uno a otro con una sonrisilla de niña encantadora en los labios. Todos se habían quedado silenciosos, y, tras unos segundos de espera. Charlton Murray comenzó a tocar… Kero Dambatu hizo lo posible por contener un bostezo y Orville Neville miró al techo mientras se daba tironcitos de la barba. De Koven sonreía, muy divertido; sin duda, a su manera, lo estaba pasando muy bien, y no era para menos: un mercenario como él invitado con tres gobernantes. Ronald Mills atendía la música con agrado. Xav Mathieson repartía su atención entre la música y Flora Forsythe. Gertrude Forsythe parecía estar gozando también del arte de Murray, pero sus ojos se movían de uno a otro de sus invitados, y había en ellos una profunda y contenida expresión de regocijo irónico. Parecía ser la que más se divertía, y de nuevo tuvo Brigitte la impresión de que aquella mujer estaba disfrutando con el manejo de unas cuantas marionetas. Como si sólo ella fuera capaz de mover los hilos que hacían actuar a sus invitados…

Charlton Murray finalizó su breve concierto dejando vibrando en el aire las últimas notas de las *czardas* húngaras. Brigitte comenzó a aplaudir, seguida de Mathieson y De Koven… Dambatu y Neville también aplaudieron, pero Dambatu tuvo que hacer de nuevo grandes esfuerzos para no bostezar.

—Espléndido, Charlton… Espléndido de veras —elogió Gertrudis Forsythe—. Y ahora, caballeros, vamos a ver la colección. Quiero que todos vean bien el obsequio que pienso hacerles.

Brigitte casi respingó. Miró a Mills, que estaba desconcertado

también. ¿De qué hablaba aquella mujer? ¿Realmente había dicho que pensaba regalar a sus invitados la colección «Arco Iris»?

Salieron todos del gabinete. En el vestíbulo continuaban paseando, mirando los cuadros, los «secretarios» de los tres hombres de Estado, y de nuevo captó Brigitte aquella regocijada mirada de Gertrudis Forsythe al mirarlos…

—¿Ha oído eso? —musitó Mills a su lado—. Si no estoy loco, ella ha dicho…

—¡Sist! No sea maleducado, señor Mills.

—Pero ella ha dicho…

—¡Sist!

Llegaron a la puerta del salón donde estaban expuestos los brillantes, y Mills abrió la puerta, quedando a un lado. Brigitte se quedó al otro, como formando guardia. Poco después todos admiraban la famosa colección valorada en siete millones de dólares y asegurada en cinco. Se hicieron comentarios admirativos, los brillantes fueron contemplados, e incluso tocados por los invitados… Marlon De Koven hizo un par de comentarios jocosos que sólo hicieron sonreír a Gertrude Forsythe…

—Bien, señora Forsythe —dijo de pronto Orville Neville, con cierta brusquedad—. En definitiva, estos brillantes no constituyen por sí mismos una meta para ninguno de nosotros, según entiendo. Lo que sí nos interesa a todos, y estamos esperando conocer, es su proposición general. ¿Están de acuerdo, caballeros?

Kero Dambatu asintió inmediatamente. Xav Mathieson musitó unas palabras de conformidad. Todos estaban mirando a Gertrude Forsythe, que asintió con la cabeza al fin.

—Había pensado comunicarles mis ideas después de la cena; pero, en vista de su impaciencia, no veo motivo para demorarlo más. Por otra parte, quizá sea mejor así, ya que durante la cena podremos seguir la conversación… ¿Tienen la amabilidad de esperarme en mi gabinete todos?

El impaciente Dambatu inició la marcha hacia allí. Sólo la señora Forsythe quedó en el salón, mirando con forzada expresión amable a Brigitte y a Mills.

—Espero que me disculpen… Había pensado que cenaran ustedes con nosotros esta vez, pero puesto que durante la cena sostendremos una conversación que mis invitados no aceptarían de

ninguna manera compartir con extraños…

—No hay cuidado —casi masculló Mills—. Lo comprendemos, señora Forsythe. Cenaremos en el comedor interior la señorita Connors y yo. Ya lo conocemos.

—Estupendo. Hasta luego, entonces. Aunque, en realidad, ya que el resto del día la conversación seguirá un derrotero privado, no considero conveniente de nuevo su presencia. Les agradezco su comprensión. ¿Va a colocar de nuevo en funcionamiento los dispositivos, señor Mills?

—Lo haré en seguida.

Salieron los tres del salón y Mills cerró la puerta. Gertrude se quedó a su lado, mirándolo.

—¿Y bien, señor Mills?

—Ya está hecho, señora.

—¿Cómo? —Se pasmó la dama—. ¿Ya ha vuelto a conectar los sistemas de seguridad?

—Así es.

—Pero… ¿cómo ha podido hacerlo? No he visto que… ¡Oh, lo siento de nuevo! No haré más preguntas —sonrió—. Hasta luego.

Se alejó, cruzando el gran vestíbulo, sin hacer el menor caso a los «secretarios» de los tres gobernantes. Ronald Mills soltó un gruñido.

—De todos modos, no me importa nada —dijo—. Estoy seguro de que lo pasaré mucho mejor cenando con usted. Lili. Por cierto, ¿ha comprendido el sistema que he seguido para conectar de nuevo la alarma?

—Señor Mills, discúlpeme, pero tengo prisa.

Intentó marcharse hacia su habitación, pero Mills la retuvo por un brazo.

—Un momento. Yo creo que debería atenderme. No ha prestado gran atención a todo el sistema de alarma, y sería conveniente que tuviera al menos una idea general de…

—Se lo ruego, señor Mills, tengo prisa.

—Pero debería saber…

—Luego me lo explicará.

—Creo que sería mejor ahora, por si…

—Señor Mills —cortó casi secamente Brigitte—, su sistema de seguridad funciona electrónicamente, por supuesto. Una de las

cámaras de televisión, no es tal, sino los controles de todo el circuito que usted ha montado en el salón. Ese circuito entra en funcionamiento, o se para, merced al control remoto que usted ejerce en él con un pequeño aparato que lleva en el bolsillo derecho del pantalón; puede parecer una pitillera, un encendedor o cualquier cosa parecida. Al poner en marcha todo el circuito, la puerta queda bloqueada ligeramente. Para abrirla hay que empujar un poco más fuerte de lo normal. Cuando eso ocurre, las cámaras de televisión auténticas entran en funciones. Al ser abierta completamente la puerta bajan los cables de acero que forman un enrejado que tapa la salida por la puerta y la ventana. Al bajar estas redes metálicas, suena la alarma. Si quien está dentro intenta salir inmediatamente, recibe una descarga eléctrica lo bastante potente para hacerle desistir de sus propósitos. Lo mismo ocurre si alguien empuja bruscamente la puerta desde afuera, es decir, que recibe una descarga eléctrica fortísima. Por último, los gases narcóticos son expelidos con fuerza por debajo de otra de las cámaras de televisión. Perdóneme, pero tengo cosas que hacer.

Se alejó rápidamente hacia el fondo del vestíbulo, dejando a Ronald Mills clavado en el suelo, pálido, demudado, petrificado por el asombro y el espanto.

Olvidado completamente de Mills, Brigitte llegó a su dormitorio, tomó el maletín, salió del cuarto y segundos después lo hacía de la casa, por la puerta de atrás. La noche había cerrado ya y hacía un frío considerable, pero la espía estaba insensible a todo lo que no fuera su objetivo. Se dirigió en línea recta hacia la parte frondosa del jardín, giró a la derecha, rodeó de nuevo la casa y se arrodilló entre unos arbustos recortados a un lado del camino. Con precipitación perfectamente controlada sacó el trípode de aluminio, lo desmontó y lo convirtió en menos de quince segundos en un extraordinario fusil. Metió por la boca del tubo un micrófono-dardo, apuntó a la ventana del gabinete privado de Gertrude Forsythe y disparó. No se oyó nada. Inmediatamente sacó el receptor, puso en marcha el mecanismo de grabación y se colocó en una orejita uno de los minúsculos auriculares especiales.

En el acto oyó la voz de Orville Neville…

Capítulo VIII

—En resumen, señora Forsythe, usted nos está proponiendo una unión, si yo no he entendido bien.

—En efecto —replicó Gertrude Forsythe, sentada en un sillón como una reina—. Algo parecido, señor Neville.

Se quedó mirándolo. Luego fue mirando a Xav Mathieson, Kero Dambatu y, por último, a Marlon De Koven. Todos ellos, así como Flora y Murray, estaban sentados delante de ella, formando un semicírculo.

—La idea no es mala —musitó Mathieson.

—¿No es mala? —replicó ásperamente Dambatu—. Debo decirle, señor Mathieson, que a mí no me parece tan buena. O quizá es que no la he entendido bien. ¿Por qué unir nuestros tres países?

—Eso sería conveniente para todos —aseguró Mathieson.

—Ustedes saben —dijo Gertrude— que existen varias federaciones en el mundo…

—Y ninguna de ellas da resultados excelentes, diría yo —cortó Neville.

—Señor Neville, por separado, cada uno de los países que están bajo el gobierno de ustedes, no es gran cosa. Aparte de eso, debido a ciertos resquemores y suspicacias absurdas, se están dificultando la vida unos a otros. ¿Es cierto o no es cierto?

—Si usted lo dice… —Gruñó Neville.

—Lo digo y lo mantengo. Veamos… Lo mismo Costa Coral, que República Omogo, que Atlánfrica tienen una sola cosa que les permite relacionarse con otros países, obtener divisas, ser tenidos en cuenta… Me refiero a los brillantes y diamantes. Si las cosas siguen como hasta ahora, llegará un momento en que ustedes tres se… enojarán por algo que en el fondo no tendrá gran importancia y, casi seguro, recurrirán a las armas. En el mismo momento en que empiecen a guerrear entre ustedes, sus tres países están destinados a

la más absoluta ruina en pocos meses. Las minas dejarán de funcionar y consecuencia de ello será el hundimiento de todo. ¿Está de acuerdo?

Orville Neville refunfuñó algo, pero no tuvo más remedio que ceder ante la sensatez de Gertrude Forsythe.

—Sí… Supongo que pasaría algo así —musitó.

—Bien. Pues yo les estoy ofreciendo una solución a sus problemas.

—¿Por qué lo hace? —saltó Dambatu.

—Señor Dambatu, usted está olvidando que Atlánfrica es mi patria… Quiero lo mejor para ella. Y llevo mucho tiempo buscando una solución… que, finalmente, creo haber hallado: convertir los tres países en una federación, por el momento, lo cual sería el primer paso para unificar definitivamente en uno solo los tres Estados.

—¿Con un solo gobernante? —deslizó Neville.

—Evidentemente.

—¿Y quién sería ese gobernante? —murmuró Dambatu.

—Bien… En principio, creo que, mientras la federación estuviese… perfeccionándose, cada uno de ustedes podría seguir al mando de su actual país. Quizá por un año o dos como máximo. Luego sería elegido el presidente de la federación de entre ustedes tres.

—¿Está sugiriendo que el señor Dambatu podría llegar a ser el presidente de la federación? —dijo fríamente Neville.

—¿Por qué no, señor Neville? Podría serlo cualquiera de ustedes tres: el más capacitado, simplemente.

—¡No voy a aceptar! —estalló Neville—. ¡De ninguna manera pondría mi país en manos de…!

—¡Cuidado con lo que dice! —musitó Dambatu.

—Cálmense —sonrió Gertrude—. Presiento que estoy al borde del fracaso, caballeros. Y el único motivo es que ustedes están pensando más en sí mismos, en sus ideas personales, que en el bien de sus respectivas patrias. ¿Esto les parece digno?

—Todos tenemos ambiciones personales —replicó Dambatu.

—Pero no debemos llevarlas hasta el extremo de anteponerlas a nuestras ambiciones patrióticas, Dambatu —dijo sosegadamente Xav Mathieson—. Lo primero es la patria, luego cada uno disfrutará

del cargo que merezca.

—Usted habla así porque espera ser elegido, finalmente, como presidente de la federación —dijo Neville, muy mosqueado—. ¿Por qué hemos de engañarnos? Aun siendo aceptables políticos los tres, usted es el que tiene más… fachada. Sólo con verlo la gente se pondría de su parte. El señor Dambatu es negro, de modo que no tendría muchos votos de los ciudadanos blancos. De mí es sabido que no congenio demasiado con los negros, así que puedo despedirme de los votos de éstos. En cambio, a usted, con su porte elegante, su atractivo personal y sus buenos modales iguales para todos, lo elegirían blancos y negros. Y si estoy diciendo alguna tontería, que alguien me corrija.

Todos quedaron silenciosos durante unos segundos; por fin, Gertrude Forsythe alzó sus señoriales manos.

—Esta no es manera de enfocar la cuestión —murmuró—. Hay que ser realistas a todo coste. Ustedes deben pensar en mi sugerencia con honradez y generosidad patriótica.

—Hermosas palabras —rió Neville—. Pero sólo son eso: palabras.

—Hay varios detalles más que deberían considerarse —dijo Dambatu—: mucha gente no estaría conforme con la nueva situación, y no tengo la menor duda de que ocasionaría muchas dificultades.

—He pensado en eso —admitió Gertrude—. Y ahí es donde interviene el señor De Koven, al que todos ustedes conocen o, al menos, han oído nombrar en África. Supongamos, señor Dambatu, que, en efecto, hubiese algunos disconformes, pequeñas revueltas… Aceptado. Eso es prácticamente inevitable. Sin embargo, no deberemos preocuparnos demasiado por eso: cualquier pequeño problema de tipo… revolucionario que surja será fácilmente solucionado por el señor De Koven y sus mil doscientos veinte hombres que le están esperando en África.

—Aclare eso un poco mejor —dijo Neville.

—Con mucho gusto. Como bien saben, les he ofrecido mi colección «Arco Iris», que aceptablemente vendida en Europa no les proporcionaría menos de seis millones de dólares. Con ese dinero se iría pagando al señor De Koven y sus hombres, que formarían una especie de… guardia nacional. Él señor De Koven y sus hombres

están bien entrenados y armados. En cuanto alguien quisiera desarrollar actividades perjudiciales para la federación seria tratado como mereciese. Opino que muy pocas personas se atreverían a enfrentarse al pequeño ejército del señor De Koven.

—¿La paz por la fuerza de las armas? —ironizó Neville.

—La paz y la prosperidad de tres países cueste lo que cueste, señor Neville —murmuró Gertrude—. Tres países que pronto serían uno solo, en paz y en buena armonía. A fin de cuenta, los que cayesen sólo serían los que no estuviesen conformes con que su patria fuese lo mejor posible.

—Esas son unas palabras muy duras —musitó Neville—. Sobre todo, en una mujer.

—Estoy ofreciéndoles a ustedes mi colección «Arco Iris». Les estoy demostrando que yo pretendo prosperidad sólo para Atlánfrica, que es actualmente mi patria. Yo hago un sacrificio… Que cada cual haga el suyo. ¿Creen que me complico la vida por ganar algo? ¿Creen que ganaré más de seis millones de dólares? ¿Creen que tengo alguna necesidad de complicarme la vida?

El silencio fue ahora muy largo, reflexivo. Por fin, Orville Neville movió lentamente la cabeza.

—Todo esto requerirá una serie de larguísimas conferencias de acoplamiento —dijo—. Hay muchos puntos que deberían ser aclarados al principio.

—¿Y cuál es la dificultad, señor Neville?

—No sé… Muy complicado, creo yo.

—¿Complicado? Señor Neville, la única cosa que nunca es posible terminar es aquella que jamás se ha empezado.

—De todos modos —dijo Dambatu—, yo estoy de acuerdo con el señor Neville. Hay muchísimos detalles que deberían ser puestos en claro.

—Pues pónganlos. No me parece imposible que tres hombres inteligentes se pongan de acuerdo, señor Dambatu. Bien… Por mi parte, no tengo mucho más que decir, pero podremos alargar esta conversación durante la cena. Mientras tanto, si me perdonan, tengo que hacer algunas llamadas telefónicas relacionadas con la fiesta de mañana. Nos reuniremos en el comedor a las siete y media. ¿Está bien?

Neville fue el primero en abandonar el gabinete, y Xav

Mathieson el último, tras mirar vacilante a Gertrude Forsythe. Cuando él hubo salido, Murray fue a cerrar la puerta, regresó a su sillón y encendió un cigarrillo.

—No aceptarán —dijo, expeliendo humo.

—Eso es lo de menos —sonrió Gertrude—, contamos con Xav.

—¡Hum!… Sí, dispones de esa carta en tu caja fuerte, pero… No sé. Sigo pensando que Xav Mathieson no es el más indicado. Opino que Neville o Dambatu estarían mejor.

—Pues yo prefiero a Xav —dijo Flora—. Me gusta. Y creo que mi opinión debe ser tenida en cuenta. Aparte, él es quien gobierna ahora en Atlánfrica, y eso es básico. ¿O no, Charlton?

—Sí… Eso es cierto. Bien… Durante la cena tendremos una impresión más completa de lo que cada uno piensa. De todos modos, contamos con mi violín.

—Es cierto —rió Gertrude—, ¡la música amansa a las fieras! Y ahora voy a ocuparme de los últimos detalles para mañana. Quiero que todo sea perfecto para cuando llegue el momento. Flora, querida, ¿por qué no te das una vuelta por la cocina para que todo esté a punto?

—Voy ahora mismo. ¿Vienes, Charlton?

—Pues… Creo que voy a mi cuarto, a afinar el violín. No me gustaría dar una nota falsa durante el posible concierto de esta noche. Hasta ahora…

Flora y Charlton salieron del gabinete. Gertrude acercó el teléfono, descolgó el auricular…

* * *

El sonido del disco al girar llegó nítidamente al oído de la agente Baby, igual que toda la conversación sostenida en el gabinete…

—¿Alice? ¿Eres tú, querida?… Gertrude, sí… ¿Cómo estás? Te llamo para… Sí, sí, la fiesta de mañana. ¿Estás bien? ¡Cuánto me alegro! ¿Cuento contigo entonces? ¡Espléndido! Me alegra que puedas venir, porque seguramente es la última oportunidad que tienes de ver el «Arco Iris»… Sí, eso he dicho… Pienso obsequiar todos los brillantes dentro de unas semanas… ¡No, no! —Se oyó la risa de Gertrude—. ¡No estoy loca, te lo aseguro! Es cuestión patriótica, simplemente… Tengo la esperanza de que mi patria será

más grande dentro de poco, y pienso ayudar… No puedo adelantarte nada sobre eso, querida, porque son asuntos de alta política. Ya te enterarás. Pero me siento muy feliz, porque habré contribuido al bienestar de muchas personas… ¡Oh, sí, sí, cuenta con ello!… ¿Cómo? ¿Los Garfield? ¡Por supuesto! Precisamente tengo que llamarlos ahora también… Y los Pendleton, los Andrews… ¡Todos, como siempre, desde luego! Será una fiesta…

¡Clic!

Brigitte Montfort, alias Baby, cortó la recepción, y muy lentamente, muy pensativa, guardó el aparato en su maletín. Mientras volvía el trípode a su aspecto normal su ceño continuó fruncido. Y aún más fruncido estaba cuando se quedó sentada en el suelo, fija su mirada en la iluminada ventana del gabinete de Gertrude Forsythe.

Sin duda alguna, las ideas y sugerencias que Gertrude había dado a los tres gobernantes no podían ser más altruistas y generosas; pero, sin saber por qué, Baby seguía viendo, en su imaginación, un buen número de personas convertidas en marionetas, bailando al compás de unos hilos que manejaba la señora Forsythe.

«Eres demasiado desconfiada, Baby —se dijo—. ¿Por qué no admites lo que has oído simplemente? ¿Por las últimas frases de Gertrude Forsythe, de su hija, del violinista Murray? Ciertamente, parecen un poco enigmáticas. Y esa carta que han mencionado, que está en la caja fuerte… Tendrías que echarle un vistazo, y quizá así acabes de comprender la situación…».

Capítulo IX

Eran casi las once cuando la agente Baby se detenía bajo la ventana del gabinete privado de Gertrude Forsythe. Y tan sólo tres minutos más tarde alzaba esa ventana, entrando con toda tranquilidad en el gabinete. Cualquier persona que no hubiera conocido el dispositivo de alarma la habría hecho sonar apenas tocar la ventana, pero ella se había ocupado con anterioridad de asegurarse de que no funcionaria cuando ella entrase.

Durante unos minutos estuvo inmóvil, acostumbrándose a la oscuridad, y escuchando la música que emitía el violín de Charlton Murray en el salón principal de la casa. Parecía que todos estaban muy calmados y tranquilos, tras una larga cena en la que, sin duda, se habían discutido cosas muy interesantes… Quizá la música, además de amansar a las fieras, podía ejercer esta beneficiosa influencia incluso en los seres humanos.

Por fin, la espía internacional se acercó al mueble dentro del cual estaba la inexpugnable caja fuerte. Que, por cierto, no resultó tan inexpugnable esta vez. Entre los conocimientos de su mecanismo que había adquirido en el primer intento y los movimientos que había observado en la mano de Gertrude Forsythe cuando ésta abrió la caja por la tarde, para llevar la colección al salón de exhibición, Baby tuvo suficiente para, diez minutos más tarde, poder tirar de la gruesa puerta de acero, suspirando al ver cómo se abría.

Tiró el pequeño estetoscopio en forma de embudo dentro del maletín y sacó su pequeña linterna, cuya luz envió al interior de la caja, al primer estante. Sin prisas, metódicamente, fue examinando lo que había en ese estante. Luego pasó al segundo… A medida que examinaba una cosa, volvía a dejarla en el mismo sitio, tal como la había encontrado: dinero, diversas joyas, el duplicado de la colección «Arco Iris», documentos de propiedad, acciones de

algunas empresas norteamericanas, invitaciones antiguas… Por fin, lo que estaba buscando: la carta escrita por Xav Mathieson a Gertrude Forsythe. Inmediatamente todo lo demás dejó detener importancia para Brigitte, por el momento.

Sacó la carta del sobre, la desdobló y dirigió a ella la luz de la linterna, acercándola mucho para que se ensanchase el círculo de luz.

La carta decía así:

Atlanville, 27 de noviembre de 1969. Muy apreciada señora Forsythe:

Dentro de tres semanas espero estar en Washington para solucionar pequeños asuntos en nuestra Embajada, y, naturalmente, dispondré del tiempo suficiente para tener el honor de visitar a usted y a su hija, a la cual recuerdo con sumo agrado desde que nos conocimos aquí, en Atlanville, cuando ustedes hicieron su visita anual a la patria.

Aparte del placer personal de esta entrevista, que espero con gran interés, podré explicarle algunos puntos respecto a mi actitud política y patriótica, puesto que, según entiendo, usted parece dispuesta a apoyarme, cuando menos económicamente. Y bien sabemos que, hoy por hoy, el asunto económico es muy importante en Atlánfrica, sobre todo para un jefe de Estado que, como yo, no dispone, ni ha dispuesto jamás, de gran fortuna personal. Al respecto de mi actitud, le diré que no pienso detenerme ni ceder ante nada con tal de conseguir lo que todos deseamos para nuestra Atlánfrica. Por supuesto, en mis planes intervienen Costa Coral y República Omogo. Sé que usted se interesa mucho por esta cuestión, y ojalá encuentre alguna solución. Pero, mientras tanto, le aseguro que mis planes de unificación de los tres países seguirán adelante, cueste lo que cueste. Estoy dispuesto a todo con tal de beneficiar a Atlánfrica. Ya hablaremos de todo esto cuando las visite.

Hasta entonces, presente mis afectuosos saludos a su hija y reciban ambas la consideración de mis mayores respetos. Queda a sus pies,

Xavier T. Mathieson.

Durante casi un minuto, apagada ya la linterna, Baby estuvo reflexionando sobre el contenido de aquella carta. ¿Qué podía interpretarse en ella? En principio, que Xav Mathieson era un gran patriota, dispuesto a no vacilar ante nada. Pero… ¿qué era nada? ¿Hasta dónde, realmente, estaba dispuesto a llegar Mathieson? En realidad, aquella carta podía ser interpretada de muchas maneras, a menos que Mathieson hiciera algo que definiese de un modo claro y concreto sus actitudes…

Baby encogió los hombros, al fin. Dejó la carta en el suelo, extendida, y sacó la pequeña cámara fotográfica con la carga de seis disparos de *flash* incorporada… De pronto, se irguió, se tensó. En un instante devolvió la carta a la caja, cerró la puerta metálica, la de madera, recogió la cámara fotográfica y se deslizó hacia detrás del gran sofá. Todavía se estaba acomodando allí, empuñando la pistolita, cuando la puerta del gabinete se abrió, y la luz fue encendida. La voz de Flora Forsythe llegó entonces con toda claridad a oídos de la espía:

—… magníficamente, pero a veces uno prefiere algo diferente a escuchar música de violín. ¿No está de acuerdo, Xav?

—Francamente, sí. Aunque hay que admitir que el señor Murray es un violinista excelente, hay horas para música y horas para… otros asuntos.

—Lo mismo pienso yo —susurró Flora—. Siéntese aquí, a mi lado.

El sofá se movió por dos veces y Baby se encogió, mirando a todos lados en busca de un escondrijo mejor. Si a cualquiera de los dos se le ocurría mirar por encima del respaldo, la verían. Y, además, sobresaltada, comprobó que los estaba viendo a través de un espejo de la pared. Estaban sentados uno junto a otro, y Flora miraba con dulce sonrisa a su acompañante, que parecía un tanto inquieto. Y si ella los veía a los dos quería decir que cualquiera de ellos podía verla, tendida tras el sofá, pistola en mano, si miraban también al espejo. Desde lejos, como antes, llegaba la música del violín de Murray.

—¿Algo le preocupa, Xav? —murmuró Flora de pronto.

—No…

—Supongo que está sorprendido de que yo haya sido quien ha sugerido venir al gabinete de mamá donde no seremos molestados

por nadie.

—Bien… A decir verdad, Flora, la situación es muy de mi agrado. Precisamente quería decirle algo… a solas.

—¿Qué es ello?

—Cuando llegué esta tarde mis ideas estabas bien claras, aunque mis esperanzas no eran muchas. Ahora que presiento que mis esperanzas son mayores, mis ideas… ya no son tan claras.

Flora Forsythe le tomó una mano, riendo.

—¡No entiendo nada de nada! —exclamó—. ¿No podría explicarse mejor, Xav?

—Sí… Por supuesto que puedo explicarme mejor. Desde que estuvo usted en Atlanville no he podido olvidarla, y debo confesar que, en esta ocasión, mi visita a Estados Unidos la ha motivado principalmente usted.

—¿Yo?

—Sinceramente, no tenía esperanzas de que usted… me tuviera en cuenta, Flora. Pero durante estas horas que llevamos juntos he creído entender que… Bueno, ha sido tan amable conmigo, me ha dicho tan claramente que me ha recordado todos los días… Algo muy hermoso, y que yo no esperaba. Aunque… quizá esta impresión mía no sea… del todo exacta.

—Xav, todos estos rodeos… ¿los está dando para decirme que me quiere y que tiene la impresión de que yo le correspondo?

—Pues… sí.

—Entonces, lo lamento.

Brigitte, por el espejo, se dio cuenta de la intensa palidez que apareció en el rostro de Xav Mathieson.

—¿Lo… lamenta? —susurró éste con voz velada.

—Sí. Lamento no poder corresponderle…, a menos que esté dispuesto a casarse conmigo inmediatamente.

—¡Flora!

—Quien dice inmediatamente dice… dentro de cuatro o cinco semanas. ¡Oh, Xav, como hombre eres un pobre tonto, por listo que seas como jefe de Estado! ¿Acaso, no he hecho todo lo posible por demostrarte con toda claridad que yo también te quiero?

Brigitte «Baby» Montfort se encontró sonriendo, mirando por el espejo a la pareja, que se estaban besando, muy abrazaditos. Bien… Siempre hay un capítulo feliz en toda historia, inevitablemente. Casi

respingó de pronto al comprender que debía aprovechar la ocasión para apartarse del sofá. Silenciosa, rápida y ágil como una gatita, se desplazó hasta detrás de un gran sillón, más al fondo, y quedó allí, cómodamente instalada, sentada con las piernas cruzadas sobre la alfombra. Si alguien estaba por completo ajeno a la posible presencia de personas a su alrededor, no cabía duda de que sólo podían ser Xav Mathieson y la dulce Flora Forsythe. Durante unos minutos Baby estuvo oyendo sus suspiros, y los largos silencios que delataban nuevos besos. Flora Forsythe emitió también unos cuantos gemiditos, breves palabras de levísima resistencia… En uno de los silencios Brigitte asomó la cabeza y vio una mano de Mathieson sobre un seno de la muchacha… Se escondió rápidamente en seguida. Así es la vida: mientras unos trabajan, otros lo pasan del mejor modo posible…

—Xav… Debemos marcharnos ya…

—Tienes razón… Perdona, mi amor… He pensado tanto en ti, que ahora… Vamos a decirle a tu madre y a los demás que nosotros…

—No, no, no… Aún no, Xav. Aún no.

—¿Por qué?

—Quizá el señor Dambatu y el señor Neville pensasen cosas extrañas. Se está discutiendo un asunto tan importante…

—No veo qué tiene que ver ese asunto político con nuestros asuntos personales. Pero si lo deseas dejaremos la noticia para otra ocasión.

—Será mejor… Vámonos ya, volvamos al salón…

Un nuevo silencio muy significativo. Luego, rumor de pies, pasos lentos, otro silencio, un nuevo suspiro… La puerta se abrió, la luz fue apagada, la puerta se cerró…, y la espía internacional quedó de nuevo a solas, completamente deslumbrada. Tuvo que esperar casi cinco minutos para poder volver a vislumbrar el contorno de los muebles. Con paciencia, resignada a aquella pérdida de tiempo, se dedicó otra vez a abrir la caja. Sacó la carta de Xav Mathieson a Gertrude Forsythe, la fotografió por tres veces, llenando el gabinete de luz blanca en los rápidos disparos de *flash*, y, por fin, tras dejarlo todo tal como lo había encontrado, regresó a la ventana, que volvió a abrir sin que sonase la alarma. La cerró una vez afuera, miró a su alrededor y se dijo que todo estaba tranquilo y en paz.

No había el menor peligro.

Poco después, tras haber entrado en la casa por la puerta de atrás, lo hacía en su habitación, sin encender la luz. Cerró la puerta tras ella, movió la mano derecha hacia el interruptor… y al mismo tiempo oía, a su izquierda, una respiración mal contenida.

Dejó caer el maletín y propinó un codazo tremendo en aquella dirección. Notó el fortísimo impacto, oyó el gemido de su visitante, su ruido al caer al suelo rodando, el rumor al comenzar a incorporarse, jadeando; llegó hasta allí y lanzó un seco golpe de karate, con la mano derecha, hacia la altura del vientre de un hombre, mientras preparaba la izquierda para golpear cuando el hombre se inclinase… Pero el hombre cayó hacia atrás, y comprendiendo el riesgo que significaba perder contacto con él si el visitante tenía ya la pistola en la mano, Brigitte saltó en aquella dirección.

Cayó encima del hombre, que jadeaba fuertemente, y pasó a su espalda, sujetando ambas ingles del visitante con sus piernas, y pasando su brazo derecho por la garganta, mientras el izquierdo, haciendo palanca con la mano derecha, pasaba hacia la nuca del hombre…

—¡Quieto! —jadeó Brigitte—. Si se mueve le romperé el cuello. ¿Lo ha entendido?

Notó entre sus brazos el intento de movimiento afirmativo de la cabeza del visitante.

—Ahora nos pondremos en pie —dijo Baby—. Le soltaré de las piernas, pero seguiré presionando en su cuello. Puedo partírselo en una fracción de segundo, piénselo bien. Vamos, ¡arriba!

—Li… Lili, soy… yo… —Pudo al fin alentar el hombre.

—¡Señor Mills! —Casi gritó Baby.

Se puso en pie rápidamente, encendió la luz del dormitorio y se quedó mirando a Ronald Mills que, sentado en el suelo, se estremecía en esfuerzos por recuperar la respiración. La espía lo ayudó a ponerse en pie y a caminar hasta la cama, en cuyo borde lo dejó sentado.

—¿Está loco? He podido matarlo, señor Mills…

—Ya… ya me he dado… cuenta…

—Pero… ¿qué hace usted aquí?

—El… el imbécil… Eso estoy haciendo, el imbécil…

Brigitte sonrió. Fue a buscar agua y regresó con un vaso, que tendió al agente de seguridad de la «General Insurance».

—Beba un poco. Y espero que haya aprendido la lección: no se debe entrar en el cuarto de una dama sin permiso.

Se quedó mirándolo, sonriente, mientras Mills bebía agua, atragantándose al principio. Dejó el vaso en la mesita de noche, suspiró y se puso en pie.

—Usted no es una dama —reprochó—, sino una… una pantera, o algo así. Y después de esto espero que no siga negando que es Baby.

—No es asunto que merezca ser discutido. Dígame, ¿qué hace usted en mi dormitorio?

—La vi salir hace mucho rato, y comprendí que iba a fisgonear por ahí. Así que decidí esperarla aquí para que me dijera qué había descubierto.

—¿Está hablando en serio? —espetó secamente la espía.

—Sí. No sé, yo… estoy inquieto… Tengo unos presentimientos extraños. Sé lo que digo… Me ha pasado algunas veces antes. Es una sensación rara, y por eso quise verla a usted para que me dijera si también por su parte todo estaba bien. Ya sé que le parece una tontería, pero esa sensación es como… como…

—¿Como si hubiera en su cabeza un pequeño órgano que se resistiese a aceptar lo que sus ojos ven y sus oídos oyen y se dedicase a perturbar a los demás órganos poniéndolos sobre aviso?

Ronald Mills miró con expresión desorbitada a Baby.

—¿Usted… usted también…?

—Yo también —asintió Brigitte—. Señor Mills, voy a insistir en lo de antes, pese a que ya insistí durante la cena: márchese de aquí. Ahora mismo.

—No pienso hacer eso.

—Sería mejor para todos. ¿Se acuerda de lo que le dije de las marionetas?

—Bueno… Sí, algo recuerdo…

—Alguien está moviendo unos hilos que a su vez hacen mover a los personajes de un asunto que aún no comprendo bien. Pero una cosa sí le aseguro: las joyas, en sí mismas, no tienen la menor importancia en este asunto. Lo que si importa son las marionetas. O sea, los personajes. Señor Mills, créame, acepte el consejo que le

dicta mi instinto: márchese cuanto antes. Lo que pueda suceder aquí está fuera de los hechos a los que usted acostumbra a enfrentarse.

—No sé… No puedo marcharme ahora, así, por las buenas…

—Pues márchese mañana temprano. ¿De acuerdo?

—Lo pensaré. ¿Ha sabido algo?

—Nada que a usted le incumba.

—No es usted muy amable conmigo… ¿Qué va a hacer ahora?

—Dormir.

—Yo no sé si podré conseguirlo…

—Inténtelo. De todos modos ésa es la diferencia entre usted y yo, señor Mills. Váyase a dormir, descanse…, y mañana temprano diga que está indispuesto, vaya a ver a *Mr*. Cavanagh y él enviará un hombre más… adecuado. Buenas noches.

Abrió la puerta del cuarto y Mills salió al pasillo. Allí se quedó mirando a la espía.

—No he dicho que piense marcharme, recuérdelo, Lili.

—Allá usted. Pero yo, en su lugar, me iría ahora. Adiós.

Cerró la puerta, suspiró y fue al lavabo. Ante el espejo comenzó a quitarse sus pequeños trucos de disfraz, empezando por la peluca. En pocos segundos quedó convertida en Brigitte Montfort, que bien poco se parecía a Lili Connors. Se desnudó y se colocó de nuevo ante el espejo, pensativa. Lo mejor era acostarse y reflexionar detenidamente en todos los datos que poseía. Si lo analizaba moderadamente, nada de lo que había ocurrido hasta ahora parecía tener ningún significado especial. Lo único que estaba ocurriendo allí era que se estaba intentando la unión de tres países, evitando posibles guerras, revueltas… A simple vista todo era hermoso y conveniente.

Pero cuando se acostó, tras ponerse su camisita, la agente Baby no había conseguido apartar aquella impresión de que todos estaban haciendo su papel en aquel juego de marionetas.

Capítulo X

Despertó de pronto, sobresaltada, sentándose en la cama de un salto.

En efecto. Muy potente, con toda claridad, el timbre de alarma de la instalación de seguridad colocada por Ronald Mills estaba sonando a toda potencia. Saltó de la cama, se puso el vestido en menos de tres segundos, empuñó su pistolita y se precipitó fuera del cuarto. Por supuesto, nadie había reaccionado con la misma rapidez que ella. Ni siquiera Mills, cuya puerta se veía cerrada. La empujó fuertemente y entró en el cuarto, encendiendo la luz.

—¡Señor Mills, la alarma…!

Se calló bruscamente. Mills no estaba en su dormitorio. Dio la vuelta y salió corriendo de allí, lanzándose a toda velocidad por el pasillo, en el cual aún no había aparecido ni uno solo de los criados. Evidentemente, la rapidez de acción de la agente Baby estaba por completo fuera de lo común. Cuando apareció en el grandioso vestíbulo de la mansión notó la presencia de alguien a su derecha, y oyó la exclamación de sobresalto. Volvió la cabeza, vio a Gertrude Forsythe y a Charlton Murray casi al final de la escalinata, pero no les hizo el menor caso, porque también acababa de ver a Ronald Mills…

Estaba tendido de bruces en la entrada al salón donde se exhibía la colección «Arco Iris». Las puertas estaban abiertas de par en par, y Mills yacía con casi todo el cuerpo dentro del salón donde estaban los diamantes. Sin necesidad de entrar en éste Baby vio las vitrinas, todas vacías. ¡La colección «Arco Iris» había sido robada!

Pero eso le importaba bien poco. Notó el olor a gas narcótico, supo que las cámaras de televisión estaban funcionando… La reja del ventanal del salón había bajado, cerrando aquella salida, pero no había bajado la reja de la puerta, al estar abiertas las dos hojas de ésta, impidiéndolo. Tapándose boca y nariz con la mano

izquierda, se colocó la pistolita bajo este sobaco, asió de un pie a Ronald Mills y tiró de éste fuera del salón. A su espalda se oían ya numerosas exclamaciones, pasos precipitados… Acabó de sacar a Mills, le dio la vuelta… y en seguida vio el alargado orificio sangrante en su garganta. Era como un ojal rojo por el cual brotaba la sangre en relativa abundancia. Ronald Mills, un tipo alegre y simpático, debió haber escuchado, horas antes, los consejos de la más eficiente, astuta e intuitiva espía de todos los tiempos.

Ahora al único sitio que podría ir era al cementerio.

Se incorporó justo cuando Gertrude Forsythe y Charlton Murray llegaban junto a ella. Sin hacerles el menor caso, minó hacia la puerta principal, que estaba entornada, y se dispuso a correr hacia allí…

—¿Quién es usted? —chillaba Gertrude Forsythe—. ¡Lo ha matado! ¡Ha matado a…!

Murray tendía las manos hacia ella, evidentemente dispuesto a sujetarla, pero Brigitte lo apartó de un manotazo que casi lo derribó, y echó a correr hacia la puerta, tras un veloz vistazo a la escalinata, por la cual descendían a toda prisa Flora Forsythe, Xav Mathieson, Marlon De Koven y los guardaespaldas de Kero Dambatu y Orville Neville. El gigantesco negro protector de Dambatu llevaba una pistola en la mano izquierda, pero cuando cedió su desconcierto y quiso apuntar a aquella mujer desconocida de largos cabellos negros y grandiosos ojos azules, ella había salido ya de la casa, por la puerta principal.

Se detuvo un instante, en seco, mirando a todos lados. Sólo para preguntarse por dónde escaparía ella de la casa si saliera de ésta perseguida. Sin vacilar continuó corriendo hacia la izquierda de la casa, allá donde el jardín estaba más próximo, es decir, donde antes y mejor podría ocultarse cualquiera que saliera huyendo.

Y acertó.

Apenas hubo rebasado los primeros árboles tropezó con algo caído en el suelo, y estuvo a punto de caer. Recuperado el equilibrio, prestó atención a «aquello», que resultó ser el cuerpo de Orville Neville tendido de bruces. Estaba en pijama y bata, y cerca de su mano derecha se veía una pequeña pistola con silenciador acoplado. Sin vacilar, oyendo tras ella el rumor de las personas que la seguían, dio la vuelta a Orville Neville, y, a la luz de la casa, vio

el ojal que tenía en la garganta. Igual que Ronald Mills.

Se incorporó, dio unos pasos más y, siempre a la luz de la casa, vio el otro bulto en el suelo, al pie de un árbol. Cuando llegó junto a él sabía ya que era el cadáver de Kero Dambatu. Y no se sorprendió ya al ver aquel ojal sangriento en su garganta. También Kero Dambatu estaba en pijama y bata, pero no parecía llevar arma alguna…

De nuevo se incorporó, volviéndose por fin sin prisas hacia la personas que llegaban corriendo. El primero de todos era el gigantesco «secretario» de Kero Dambatu, que al ver a su protegido en el suelo, cara al cielo y con los ojos abiertos, lanzó un rugido de furia y se abalanzó contra Brigitte, blandiendo la pistola.

Baby alzó su pierna derecha, doblada, y lanzó de pronto un tremendo trallazo que acertó al negro en pleno vientre, deteniéndolo en seco. Era la lucha de la bella y la bestia…, sólo que la bella sabía mucho más de lucha que la bestia. Sin vacilar, girando sobre la punta del pie izquierdo, aprovechó el momento para propinar otro golpe a la barbilla del inclinado negro; su gran cabezota fue hacia atrás por el impulso del golpe, pero volvió hacia adelante y cayó de rodillas.

Mientras tanto llegó el pequeño y torvo «secretario» de Orville Neville, navaja en mano, y sin más explicaciones se tiró con la aguda hoja por delante contra la espía, lanzando una cuchillada larga, lateral, bien estudiada…, pero mal calculada, al menos, para la clase de enemigo que tenía delante. Baby paró el golpe con el antebrazo derecho, pivotó hacia atrás sobre este mismo pie, asió la muñeca del furibundo hombrecillo con su mano izquierda y apoyó su codo derecho en el de él, empujando hacia abajo. El hombre lanzó un alarido y, para evitar que le rompiera el brazo, tuvo que tirarse de bruces al suelo, siguiendo la directriz que marcaba Brigitte. Y ya en el suelo recibió un talonazo en la nuca que lo privó instantáneamente del conocimiento.

El negro, puesto de nuevo en pie, saltaba contra Brigitte a mano limpia, perdida su pistola, y sin tiempo para buscarla. Como un enorme oso, torpe y arrollador, llegó ante la divina espía de carita angelical, dispuesto a triturarla, enfurecido. Sólo que aquella criatura de carita angelical lo esperó a pie firme, se agachó cuando el coloso negro estaba prácticamente encima de ella, se lo cargó en

un hombro y se enderezó bruscamente, tirándolo hacia atrás, como si pesase dos libras en vez de doscientas y pico. El negro lanzó un alarido, giró en el aire… y fue a dar de cabeza contra uno de los árboles.

Rebotó, cayó al suelo… y se quedó allá, inmóvil.

Mientras Xav Mathieson, que había corrido más que nadie, pudo recoger la pistola del negro, apuntando con ella a Brigitte.

—¡Quieta! —ordenó—. ¡Ya basta!

—Señor Mathieson… —jadeó Baby—, soy Lili Connors, déjeme explicarle… Este par de brutos no me han dejado hablar, pero usted…

Marlon De Koven llegó también, empuñando la pistola que había visto Brigitte junto al cadáver de Orville Neville. Detrás de él, las Forsythe y algunos criados. Todo el mundo en pijama o camisón y bata…

—¿Lili Connors? —exclamó De Koven—. ¡Esta mujer está loca! ¡Hay que llamar a la Policía!

—Señor De Koven, no se precipite. Le aseguro que soy Lili Connors. Yo solucionaré esto, se lo garantizo.

—¿Usted? Vamos, camine hacia la casa… ¡Y cuidado con lo que intenta!

—No voy a intentar nada. ¿Acaso no reconocen mi voz? Sólo tienen que dejarme ir a mi cuarto y ponerme la peluca rubia y el resto del disfraz. ¡Están complicando las cosas! Han muerto tres hombres y yo soy la más indicada para ocuparme de esto…

—Es la voz de la señorita Connors, desde luego —dijo Charlton Murray—. No perdemos nada escuchándola. Si es ella, se ocupará de todo, naturalmente, ya que el señor Mills está muerto.

—De acuerdo. Vamos a ver si ella nos demuestra que es Lili Connors. Pero de todos modos insisto en que hay que llamar a la Policía —refunfuñó De Koven—. No quiero líos en este país. Camine hacia la casa, señorita… Connors. O quien sea. Y será mejor que me dé esa pistolita.

Brigitte asintió con la cabeza. Entregó la pistola de cachas de madreperla no sólo porque De Koven sabía cubrirla muy bien con la pistola de Neville, sino porque quería aclarar las cosas. Todo se había desquiciado: de un asunto político importante se había pasado a un vulgar robo de joyas con tres asesinatos… ¿Alguien

seguía moviendo las marionetas?

—Tenga, señor Murray —le entregó De Koven la pistola al violinista—; será mejor que también usted esté armado. Bien… Vamos todos a la casa.

Brigitte, que había estado mirando a todos los reunidos en el jardín, dirigió su mirada de pronto a Xav Mathieson.

—¿Dónde están sus acompañantes, señor Mathieson? —susurró.

—¿Mis…? —Mathieson miró a su alrededor y quedó desconcertado—. Deben estar en la casa…

—Pues serán los únicos. Parece que todo el mundo se ha dado cita en el jardín.

—Es cierto —murmuró Murray—. No están el señor Potters ni el capitán Obulu. Y me parece extraño. Es imposible que no hayan oído la alarma.

—Puede que estén… investigando algo en la casa —insistió con voz tenue Xav Mathieson.

—Lo veremos —dijo De Koven—. Andando. Usted busque a sus amigos, señor Mathieson, mientras el señor Murray y yo vamos a ver si la señorita Connors nos demuestra que lo es.

Capítulo XI

Ya antes de que la espía internacional terminase su caracterización, las Forsythe, De Koven y Charlton Murray estaban convencidos de que aquella jovencita rubia de sensacionales ojos azules era la rubia señorita Connors de ojos color violeta.

—¡Formidable! —acabó sonriendo De Koven—. Pero un tanto inexplicable, ¿no le parece, señorita Connors? ¿Por qué toda esta pantomima del disfraz?

—Medidas de seguridad, señor De Koven.

—¡De seguridad! —exclamó Gertrude Forsythe—. ¿Usted habla de seguridad? ¡Han robado mi colección y dice que…!

—Encontraremos las joyas, señora Forsythe —interrumpió secamente Brigitte—. Pero cuanto más tiempo perdamos, será peor… ¿Los ha encontrado, señor Mathieson?

Éste acababa de aparecer en el umbral del dormitorio de la espía, pálido, con expresión de absoluto desconcierto. Movió la cabeza negativamente.

—No… No están en la casa. No comprendo esto.

—Pues hay dos teorías al respecto, señor Mathieson —murmuró Brigitte—. Una de ellas indica que quizá sus amigos estén también muertos o malheridos en alguna parte del jardín. La otra, que quizá sean ellos los que se han marchado con la colección «Arco Iris».

Mathieson lanzó una exclamación:

—¡Usted no sabe lo que dice! —gritó—. ¡Ni Jack Potters ni el capitán Obulu harían jamás una cosa así!

—Sugiero que alguien registre detenidamente el jardín —dijo Brigitte.

—¡Yo mismo lo haré! ¡Ellos tienen que estar ahí fuera, quizá muertos! ¡Es insensato lo que usted ha sugerido!

—Xav —musitó Flora—, yo iré contigo. Y todos los criados… Vamos a registrar bien el jardín.

—Flora, tú no puedes creer…

—Claro que no —sonrió dulcemente la muchacha—. ¡Oh, vamos, todo se solucionará, no te preocupes! ¿Vienes, mamá?

Las Forsythe y Mathieson salieron del cuarto justo cuando los guardaespaldas de Kero Dambatu y Orville Neville, atendidos por los criados, aparecían allí. Se quedaron mirando torvamente a Brigitte, un tanto desconcertados, intuyendo la verdad.

—Ayuden al señor Mathieson —dijo Charlton Murray—. Y no toquen los cadáveres. Decididamente, señorita Connors, creo que será conveniente avisar a la Policía.

Brigitte quedó pensativa mientras los dos guardaespaldas se iban en pos de Mathieson. Por fin, asintió. Sacó la radio del maletín y efectuó la llamada.

—Señor, soy Lili —dijo rápidamente.

—¡Hola, Lili! —le contestaron.

—¿No está el jefe?

—Está durmiendo. ¿Ha ocurrido algo? Son las tres de la…

—Han robado la colección «Arco Iris» y han asesinado a Ronald Mills, Kero Dambatu y Orville Neville.

—¡Dios…!

—¿Cuánto van a tardar en venir?

—No sé… Voy a despertar inmediatamente al jefe… Pongamos veinte minutos.

—De acuerdo. Es todo.

Cerró la radio, la guardó en el maletín y tendió la mano hacia Charlton Murray, que estaba pálido.

—¿Me devuelve mi pistolita, señor Murray?

—Sí… Sí, por supuesto…

Brigitte la tiró dentro del maletín y cerró éste. Miró a De Koven y sonrió al ver la suspicaz expresión de éste, cuyos ojos se habían entornado.

—¿Alguna duda más, señor De Koven? —sonrió Baby.

—Es usted una… policía muy peculiar —musitó De Koven.

—Lo sé. ¿No creen que nosotros también deberíamos hacer algo, señores?

Salió del cuarto, seguida por los dos hombres. Llegó junto al cadáver de Ronald Mills, se arrodilló a su lado y se quedó mirándolo. Luego miró hacia las vacías vitrinas del salón habilitado

para la exposición. ¿Cómo era posible aquello? En muy pocos segundos habían matado a Mills, habían podido recoger todas las joyas, se habían marchado y en el jardín habían matado a Kero Dambatu y Orville Neville, cuya rapidez en llegar tras el ladrón o ladrones podía considerarse como auténticamente prodigiosa, ya que incluso había sobrepasado la de Baby… La cual movió negativamente la cabeza, rechazando aquella explicación de los hechos. Era imposible. No había podido ocurrir todo aquello en los seis o siete segundos como máximo que ella había tardado en llegar allí desde que sonó la alarma. Completamente imposible. Aunque… no hay truco imposible para unas marionetas bien manejadas.

Se puso en pie y miró a su alrededor, lentamente, buscando algún detalle revelador. Pero todo estaba igual, nada había cambiado. Sólo una cosa sobraba allí, sobre la hermosa consola del fondo del gran vestíbulo: el violín de Charlton Murray. Pero esto podía tener una explicación: Murray lo había dejado allí antes de retirarse a dormir, quizá lo había olvidado charlando con algún otro invitado…

—Ahora recuerdo —dijo de pronto— que el monitor de televisión en circuito cerrado estará todavía funcionando en el dormitorio del señor Mills. Iré a cerrarlo. Mientras tanto sería conveniente que ustedes ayudasen a los demás a buscar a los amigos del señor Mathieson.

—¿Quiere quedarse sola en la casa? —sonrió secamente Marlon De Koven.

—No sea absurdo, señor De Koven. Dentro de quince minutos habrá aquí tantos investigadores que yo no tengo que molestarme en nada. ¿Qué podría encontrar yo sola en una casa tan grande como ésta?

De Koven encogió los hombros y se dirigió hacia la puerta.

—Si yo pudiese ayudarla a usted en algo, señorita Connors… —se ofreció Murray.

—No, gracias. Vaya con el señor De Koven Y, por favor, insista en que nadie toque nada.

—De acuerdo.

Brigitte esperó a que ambos hombres hubieran salido. Inmediatamente, a toda prisa, recogió el estuche con el violín de Charlton Murray y fue hacia los dormitorios de la servidumbre.

Entró en el cuarto de Mills, donde, efectivamente, todavía estaba funcionando el monitor de televisión en circuito cerrado, ofreciendo la imagen del salón de exhibición. No le hizo el menor caso. Abrió el estuche… y quedó decepcionada. Solamente contenía el violín, con el arco. Alzó el instrumento musical, lo sopesó, lo agitó… Nada. Estaba vacío. Una mirada al terciopelo acolchado que servía de base la convenció de que era imposible ocultar la colección «Arco Iris» allí debajo. Dejó el violín y se quedó mirando el arco… De pronto palideció. Tomó el arco y le dio vueltas entre sus manitas. Comenzó a palparlo, manteniéndolo de lado con respecto a su pecho. Sus finos deditos iban recorriéndolo, apretando con suavidad… hasta que, con suave chasquido, por un extremo del arco, apareció, velozmente, manchado en sangre, el largo estilete, de no menos de quince pulgadas de longitud.

El violín.

La música para amansar a las fieras.

Las marionetas comenzaron, de pronto, a bailar de un modo paulatinamente comprensible para la agente Baby. Los detalles de la comedia comenzaron a tener sentido… Estaba tan absorta en obtener sus conclusiones que tardó una fracción de segundo de más en darse cuenta de que estaba sonando la alarma en su superentrenado cerebro. Asió el arco del violín como si fuese un estoque, comenzó a volverse velozmente y…

¡Clock!

Su cabeza retumbó, se llenó de luces de colores que estallaron de pronto, como en una gran expansión que amenazara con hacer reventar su cabeza…

¡Clock!

Eso fue todo.

Capítulo XII

—¿Eso es todo? —musitó *Mr*. Cavanagh. Simón asintió con la cabeza.

—Lo lamento, señor.

—Es imposible… Si ella se hubiese marchado de aquí nos lo habría avisado por la radio de bolsillo, nos habría informado de sus pasos, de sus intenciones… Alguien está jugando sucio. Baby tiene que estar en esta casa.

—Lo hemos registrado todo —musitó Simón—. Incluso en la bodega. Todo, señor. Baby no está. Tampoco su maletín. Pero sí el resto de las cosas que ella trajo aquí, lo que compró. Da la impresión de que ella se ha marchado rápidamente, sin decírselo a nadie, y sin que nadie la viera. Y si me lo permite, señor, le diré que eso no me sorprende.

—Sé muy bien que Baby puede salir de cualquier sitio sin que la vea ni siquiera la luz —gruñó *Mr*. Cavanagh—. Y estas personas que hay en la casa no tendrían la menor probabilidad de verla ni detenerla. Eso no me sorprende a mí tampoco.

Pero sí me sorprende que no nos haya llamado por la radio de bolsillo.

Quedaron silenciosos los dos. Habían más agentes de la CIA en la casa, pero moviéndose tan discretamente que no molestaban en absoluto a la Policía, de la cual parecían formar parte. El propio *Mr*. Cavanagh había llamado a la Policía, para que se hiciera cargo de la parte criminal del asunto, lógicamente, una vez cambiadas las imprescindibles explicaciones entre el teniente Sanderson y él. En realidad, nadie de la casa tenía idea de que algunos de los componentes de aquel grupo de hombres que habían llegado en varios coches eran de la CIA.

Dos agentes más de este organismo entraron en la casa, reuniéndose con su jefe. Ambos encogieron los hombros en un gesto

de impotencia, mohína la expresión.

—Ni rastro de ella, señor. Nada. Pero eso no debe…

—… sorprendernos, ya lo sé —gruñó *Mr.* Cavanagh—. Sin embargo, debe existir una pista. Baby no puede desaparecer ante nuestras narices, en pleno Washington. Es absurdo. La he enviado a cepos que parecía que nadie pudiera salvar, y siempre ha vuelto, siempre ha dado señales de vida…

—Quizá ella llame más adelante —murmuró Simón.

—¿Qué puede estar esperando? Son las seis y media de la mañana; hace más de tres horas que nos llamó… Demasiado tiempo.

—Ahí viene el teniente Sanderson —murmuró uno de los Simones.

El policía llegó al grupo de espías y se plantó ante *Mr.* Cavanagh. Era un hombre alto, recio, con cara de malas pulgas, cejas espesas, mirada penetrante.

—¿Aún no ha aparecido su agente? —preguntó.

—No.

—La buscaremos entre todos, más adelante. Bien… Respecto a lo sucedido, los enviados de la «General Insurance» y yo hemos llegado a completar una teoría que, en principio, nos parece la correcta. ¿Le interesa oírla?

—Muy sintetizada, por favor, teniente.

—De acuerdo. Veamos… Al parecer, los dos acompañantes del señor Xavier Thomas Mathieson han tenido algo que ver en el robo de la colección, de esa «Arco Iris». No han sido encontrados, pero sí se ven huellas que podrían ser de dios, al pie de la verja precisamente, hacia la parte donde estaban los cadáveres de los señores Dambatu y Neville. Entonces, la teoría de los investigadores de la «General Insurance» y de la Policía es ésta: el tal Jack Potters y el capitán Obulu, que debían haber preparado esto con anterioridad, tentados por la ambición de poseer siete millones de dólares, fueron a buscar a Ronald Mills a su cuarto, y le obligaron a ir con ellos al salón de exhibición. También le obligaron a desconectar el sistema de alarma, así que pudieron tomar tranquilamente todos los brillantes. Luego, lo mataron, y se fueron… Es decir, no lo mataron instantáneamente, sino que lo dejaron moribundo. En estas condiciones lo único que se le ocurrió

a Ronald Mills fue lanzarse contra la puerta del salón, que ya tenía conectada nuevamente la alarma, que sonó. Pero mientras tanto los señores Dambatu y Neville quizá habían oído algo y salieron a ver… Bajaron al vestíbulo y llegaron a tiempo de ver salir a los asesinos de Mills. Como en aquel momento Mills debía tirarse contra la puerta, abriéndola, y haciendo sonar la alarma, los señores Dambatu y Neville no dieron ninguna voz de alarma, pues era ya innecesario, y se fueron en pos de los ladrones y asesinos…, con tan mala fortuna que también ellos fueron asesinados. Luego, los asesinos saltaron la verja y se marcharon, mientras en esta casa reinaba la confusión. ¿Qué les parece?

—No sé —farfulló *Mr*. Cavanagh—. Parece razonable. ¿Qué dice Xavier Mathieson?

—Está destrozado. Si algo entiendo de personas, ese hombre tardará en reponerse del golpe. Y no está fingiendo, se lo aseguro. Está desolado. Destrozado, vamos. Sus planes políticos…

—Ya me explicó eso a mí el señor Mathieson hace horas —dijo *Mr*. Cavanagh—. Y todo fue corroborado por la señora y señorita Forsythe, el señor Murray y Marlon De Koven, el contrabandista. También los «secretarios» de Neville y Dambatu, que habían sido puestos al corriente por sus jefes de la sugerencia de la señora Forsythe, han corroborado todo eso. Parece que no se puede culpar a nadie de nada… Excepto a los dos acompañantes de Mathieson, desde luego. Pero no al propio Mathieson.

—Yo también veo así las cosas. En cuanto a su agente…, nadie la vio salir. Envió a De Koven y a Murray afuera…

—También sé eso ya —gruñó *Mr*. Cavanagh.

—Hay una cosa que no encaja en esto —dijo de pronto uno de los Simones—. Los señores Neville y Dambatu estaban en zapatillas y quizá no podían correr mucho. Pero algunas de las pocas huellas claras que han dejado en el jardín indican que fueron allá caminando, no corriendo, como sería lo lógico en quien persigue a alguien.

—Hemos pensado en eso —sonrió secamente Sanderson—. Está claro que debieron correr, al principio; pero en cuanto los asesinos desaparecieron en los arbustos del jardín, frenaron la marcha, y llegaron allá caminando, con precauciones…, que no les sirvieron de nada. Fueron muy valientes quizá, pero poco hábiles. Murieron

igual que Mills, o sea, con la garganta atravesada por un… florete o algo así. Arma silenciosa, muy conveniente. En resumen, hemos dado ya la orden de detener a Jack Potters y al capitán Obulu. ¿Alguna sugerencia, *Mr*. Cavanagh?

—Ninguna, teniente. Gracias.

—¿Quiere hablar con alguien de la casa, hacer alguna pregunta…?

—No, no, no… Espero que usted me tenga al corriente de cualquier novedad. Respecto a mi agente desaparecida, quizá las cosas las arregle ella misma… Suele hacerlo. Y como ya no tenemos nada que hacer aquí, por el momento, nos vamos.

Tendió su mano a Sanderson. Luego se dirigió a la puerta, seguido de sus agentes. Ya en el coche los cinco, *Mr*. Cavanagh quedó pensativo, todavía sombrío, fruncido el ceño.

—En definitiva, hemos sabido lo que se pretendía con esa extraña reunión en la mansión de las Forsythe —susurró—. Lo cuál era lo que nos interesaba, y el motivo por el que enviamos a Baby. Parece que no debemos preocuparnos más en ese aspecto, pues las decisiones sobre República Omogo, Costa Coral y Atlánfrica no van a perjudicar a Estados Unidos. Bien hasta aquí. Pero… ¿por qué no contesta Baby? Ya una vez sucedió así, y aunque todo terminó bien, no siempre… hay la misma suerte para la misma persona[1]. Llámela otra vez.

Simón recurrió a la radio de bolsillo y estuvo insistiendo durante algunos minutos, hasta que, desesperanzado, miró a su jefe, que hizo un gesto de resignación.

—Suficiente, sí —murmuró *Mr*. Cavanagh—. Hay que aceptar de una vez que, por lo que sea, Baby no puede contestar.

—Seguramente —sonrió un tanto crispado Simón— aparecerá en cualquier momento con la colección «Arco Iris».

—¡Al demonio esos pedruscos! ¿Qué nos importan a nosotros? Si la «General Insurance» ha de pagar cinco millones de dólares a la señora Forsythe, que los pague… No es cosa nuestra. A mí, a nosotros, lo único que nos interesa es que Baby no esté en apuros…

Capítulo XIII

Sabía que estaba en un gravísimo apuro, naturalmente. Atada de pies y manos, amordazada sólidamente, tendida en el suelo un tanto húmedo, completamente a oscuras… No había el menor resquicio de luz, ni parecía que hubieran posibilidades de romper o saltar aquellas cuerdas, a las cuales había dado ya varios tirones, en vano. Lo que más intrigada la tenía era la forma del suelo. Parecía curvo, cóncavo. Cada vez que había intentado desplazarse a la derecha o a la izquierda había vuelto, rodando, al mismo sitio. Con lo que sus arduos esfuerzos por encontrar una salida de aquel lugar, aunque fuese reptando, no sirvieron de nada.

Así que decidió cambiar diametralmente la dirección de su marcha reptante. Y nunca mejor dicho, ya que, para desplazarse, tenía que ir ondulando el cuerpo, como una serpiente, lo cuál no era cómodo para ella, aunque alguna vez hubiera sido una víbora[2].

De pronto su rostro chocó con algo… Algo frío y duro que no pudo identificar de momento. Casi en seguida, acercando su mejilla a aquello, tuvo idea de qué se trataba. Con esta idea, y sintiendo escalofríos, Brigitte volvió a utilizar su mejilla como único recurso para el tacto… En efecto. Notó el contacto de cabellos. Tenía junto a su cabeza la cabeza de una persona… Un hombre, pues sus cabellos eran muy cortos, aunque tan rizados… Muy rizados, ensortijados con fuerza. La revelación llegó en el acto: era la cabeza del capitán Obulu, uno de los «secretarios» de Xav Mathieson. La cabeza… y a continuación el cuerpo, naturalmente. Comprendió muy pronto que también Jack Potters debía estar allí, en aquel extraño lugar de suelo cóncavo. Y comprendió todo…, absolutamente todo, casi en el mismo momento. Las alusiones a Xav Mathieson; la carta que éste había escrito, y que Gertrude Forsythe consideraba como un triunfo; el robo de los diamantes; el por qué y

cómo de las muertes de Orville Neville y Kero Dambatu… Todo.

Y de pronto comprendió que desde que había despertado su olfato le estaba revelando dónde estaba: en una bodega. Y dadas las características de aquel suelo cóncavo, la siguiente conclusión fue aún más fácil: estaba dentro de un gran tonel.

Insistió aún unas cuantas veces en soltar sus pies o sus manos, pero de nuevo comprendió que sólo iba a conseguir lastimarse y fatigarse. Y puesto que al dejarla allí viva estaba bien claro que tarde o temprano alguien querría hablar con ella, decidió esperar.

Capítulo XIV

Varias horas después vio ante ella una curvada raya de luz. En seguida aquella curva se convirtió en un gran círculo color blanquecino. No era una luz excesivamente intensa, pero tuvo que cerrar los ojos, deslumbrada después de tantas horas de oscuridad completa. Cuando los abrió vio tres siluetas dentro de aquel círculo de luz; sólo las veía de las rodillas para arriba, pero era suficiente: Gertrude y Flora Forsythe y Charlton Murray, en cuyo sobaco izquierdo se veía el estuche del violín.

—Parece que ya soporta la luz —dijo Gertrude Forsythe.

Murray dejó el estuche en el borde del tonel y entró. Llegó junto a Brigitte y le quitó la mordaza de un seco tirón que dejó ardiendo toda la boca de la espía.

—Tenemos algunas preguntas que hacerle, señorita Connors.

Brigitte miró hacia atrás y vio los cadáveres del capitán Obulu y de Jack Potters. Luego miró a Murray, que sonreía fríamente.

—Pues hágalas, señor Murray —musitó roncamente.

—¿Quién es realmente usted? La vi pelear contra Van Ridon y Mengo, los «secretarios» de Neville y Dambatu, y me pareció… algo completamente fuera de lo común. Además, tengo su maletín, con todo ese… extraño contenido, que incluye una grabadora en la cual pudo conseguir cierta conversación. También comprendo que es muy lista, pues se fijó en mi estuche del violín… No es una chica normal, diría yo. ¿Qué o quién es?

—Trabajo para la CIA. De acuerdo con la «General Insurance» y el señor Mills vine aquí para saber precisamente cuál era el motivo de una reunión de gobernantes en la cual se incluía a un mercenario.

—Entiendo… ¿Has oído, Gertrude?

—Sí. Parece que ha sabido hacer bien su trabajo, señorita Connors, al enterarse de parte de mi; planes…

—¿De parte, señora? Yo diría que me he enterado de todo el plan completo.

—Imposible —rió agriamente la Forsythe—. Usted sólo sabe cuatro cositas sin importancia. De todos modos, no me preocupa, porque no podrá decirlas a nadie.

—Las dije ya, por la radio de bolsillo, a mi jefe.

—¡Oh, no! —sonrió Murray—. No tuvo tiempo. Por otra parte, si lo hubiera hecho las cosas habrían seguido otros derroteros. No, no, señorita Connors, usted no ha podido decir nada a nadie.

—Ni lo ha dicho ni podría haberlo hecho, ya que ignora el final de todo —dijo Gertrude.

—No ignoro nada, señora —insistió Brigitte—. Lo único que quizá desconozco es su objetivo final, pero no los planes que la están llevando a él.

—¿Por qué no dejas que diga unas cuantas tonterías? —rió Murray—. Si de verdad es tan lista, que lo demuestre. Adelante, señorita Connors. La escuchamos.

—Ustedes quieren que Xav Mathieson sea el presidente de la federación que les conviene formar con República Omogo, Costa Coral y Atlánfrica. Para eso han eliminado a Orville Neville y a Kero Dambatu, y cuentan con Marlon De Koven, que con sus mil doscientos veinte hombres, bien entrenados y armados, dominará cualquier intento de rebelión, o, posiblemente, ocupen las capitales de República Omogo y Costa Coral. Cuando Xav Mathieson regrese a África convocará una reunión con los políticos de los tres países y propondrá la federación. Si aceptan, mejor. Si no aceptan, a las buenas, Marlon De Koven tomará parte en el asunto. De un modo u otro, Mathieson será el presidente de la federación. Respecto a las muerte de Neville y Dambatu, no podrán acusarle aunque hayan sido sus… «secretarios» quienes lo hayan hecho, pues la Policía norteamericana dejará bien claro que todo ha sido una traición de Jack Potters y el capitán Obulu no relacionada con la política, sino por ambición de tipo económico de ellos dos. Y como jamás serán encontrados, puesto que están aquí, muertos, todos creerán que han sabido esconderse bien. Mientras tanto, la buena señora Forsythe, futura madre política de Xav Mathieson, entregará todo el dinero que le pague la «General Insurance» a la federación, demostrando así su buena fe y la de su futuro yerno. Sólo que, claro, la señora

Forsythe no habrá perdido gran cosa, ya que la colección «Arco Iris» continúa en su poder. Es un buen plan. Regala cinco millones de dólares pagados por una compañía de seguros y ella sigue en poder de su colección, que disfrutará para siempre en secreto, o dividirá los grandes diamantes para que no puedan ser identificados, y los venderá, con seguridad en Europa, para pagar los servicios de Marlon De Koven. Para ello no ha vacilado en asesinar, por medio del señor Murray, aquí presente, que debe ser un asesino profesional, a cinco personas, por el momento…

—Ya está bien —cortó Gertrude, muy pálida—. Charlton, acaba lo que…

—Es extraordinaria —murmuró el violinista—. Déjala que siga, Gertrude. ¿Qué más, señorita Connors? ¿Cómo sabe que nosotros tenemos los brillantes?

—Forjaron un buen plan. Supongo que al capitán Obulu y a Jack Potters los hicieron bajar aquí diciéndoles que Mathieson quería verlos en secreto, o algo parecido. Los mataron y los metieron en este tonel. Luego, posiblemente, la señora Forsythe citó en el jardín a Kero Dambatu y a Orville Neville, muy confidencialmente, haciéndoles concebir esperanzas de que ella iba a apoyarlos a ellos. Los citó por separado, diciéndoles que acudieran en bata, pues si alguien los veía vestidos podría extrañarse. Además, les dijo que fuesen armados, pues temía alguna reacción violenta por parte de Xav Mathieson; pero sólo Neville acudió armado. Primero llegó uno, muy sigilosamente, y el señor Murray lo mató. Luego llegó el otro, que siguió la misma suerte. Volvieron a la casa y entraron muy silenciosamente en el cuarto de Ronald Mills. La señora Forsythe le dijo a Mills que quería ver algo en el salón, y que precisaba que los sistemas de seguridad fueran desconectados. Mills lo hizo y en seguida Murray lo mató. Entraron en el salón, recogieron todos los brillantes, los escondieron, encontraron en el bolsillo del pijama el mecanismo de control a distancia que Mills había recogido en su cuarto y pusieron de nuevo en marcha el sistema de alarma, después de cerrar las puertas. Abrieron la de la casa, empujaron el cadáver de Mills contra las puertas del salón y corrieron hacia las escaleras… para simular muy pronto que bajaban por ellas. Por eso, cuando yo llegué, los vi más abajo que nadie. De modo que todo les ha salido bien, por ahora. Naturalmente, el señor Mathieson no sabe

nada de esto. Es… una marioneta más en el asunto.

—¿Una marioneta? —exclamó Murray—. ¡Es usted fantástica, señorita Connors!

—¿Acaso me he equivocado en algo?

—¡Desde luego que no! ¡Todo perfecto! Incluso eso de llamar marioneta a Mathieson…

—Él es la marioneta principal. En realidad, todos hemos sido marionetas en manos de la señora Forsythe. Todo muy bien planeado… Marlon De Koven, Dambatu, Neville, Obulu, Potters, Van Ridon, Mengo, los políticos que intervendrán más adelante en la firma de la confederación, yo misma, Mills y, sobre todo, Mathieson… Todos hemos sido manejados como simples marionetas. El único que quizá se resistirá un poco será Xav Mathieson, pero cuando vaya a darse cuenta será tarde. Por dos motivos. Uno, su boda con Flora Forsythe. Dos, la carta que escribió a la señora Forsythe con fecha veintisiete de noviembre de este año…

—¿Qué sabe usted de esa carta? —Casi gritó Gertrude.

—La he leído, señora. Su caja fuerte no es lo bastante… fuerte para mí. La he leído, y la tengo fotografiada. Y ahora comprendo por qué la consideran un triunfo. Normalmente es la carta de un hombre muy patriota a una dama que también está dispuesta a luchar para el progreso de su país. Pero ahora, después de los asesinatos de Kero Dambatu y Orville Neville, si usted enseñase esa carta a alguien, Mathieson sería acusado inmediatamente de conspiración y asesinato contra esos dos personajes. Quien sepa que han muerto Neville y Dambatu, y lea luego la carta, y recuerde en qué circunstancias fueron asesinados los dos gobernantes, llegaría a la conclusión de que todo fue planeado por Xav Mathieson. Y con esa carta, y siendo Mathieson su yerno, quedará convertido en la mayor de las marionetas de esta comedia. ¿Qué espera usted conseguir, señora Forsythe?

Murray y las Forsythe estaban petrificados mudos de asombro. Por fin, Murray pudo musitar:

—Es prodigioso… Gertrude, ¿te das cuenta? Esta mujer es extraordinaria absolutamente…

—Pero, como ella ha dicho, es sólo una marioneta —murmuró la Forsythe—. Y ya no nos sirve para nada. Mátala. Te esperamos

arriba. Vámonos, Florrie, hijita.

Brigitte oyó los pasos de ambas, en el silencio de la bodega; las oyó subir escaleras; luego, el ruido de una puerta al cerrarse. Por supuesto, *Mr*. Cavanagh y los Simones habían estado por allí, sin descuidar la bodega, pero no podía censurarles que no hubieran encontrado aquella… tumba. Había visto ya que la parte frontal del gran tonel se abría hacia fuera, y tenía bastante espesor, de modo que, seguramente, en aquella parte había vino, que debía salir normalmente por la espita al ser abierta; los flejes debían tapar la juntura de lo que podía llamarse puerta, era imposible verla… No cabía duda de que Gertrude Forsythe lo había preparado todo muy bien para recibir a las marionetas. Todo pensado, todo calculado, todo preparado… Y las marionetas habían bailado al son que ella había querido.

Miró de pronto a Murray, que había recogido su estuche y estaba abriéndolo. Sacó el arco, lo apretó, y el largo estilete apareció.

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué espera ella, señor Murray? ¿Qué espera conseguir Gertrude Forsythe? ¿No puedo saberlo?

—¿Por qué no? —musitó roncamente el violinista—. Ella quiere poder. Y riqueza. Riqueza enorme, sin límite. El poder lo conseguirá dominando a Xav Mathieson…

—No podrá hacer eso. Mathieson no se dejará dominar por ella.

—Sí, porque de lo contrario ella haría pública la carta.

—Aun así, creo haber llegado al fondo de la personalidad de ese hombre: no aceptará nada como lo que ella quiere. Aunque se hunda.

—Obedecerá a Gertrude. No por miedo personal, sino porque sabe muy bien que si él queda… eliminado de la política de la federación, ésta se hundirá, su patria será… absorbida por ideas ajenas a las que deben imperar allí. Nosotros también conocemos la integridad de Xav Mathieson, y en eso nos hemos basado. Él aceptará todo con tal de no dejar su patria en manos de políticos incapaces. En la sombra, Gertrude tendrá mucho poder, y nacionalizará definitivamente las minas de brillantes, de las cuales se quedará la mayor parte para su fortuna personal, pero Mathieson aceptará eso… como mal menor para Atlánfrica, para la federación

entera.

—Entiendo. Bien… ¿Llegó mi hora?

—Eso parece.

—Una última pregunta, señor Murray, ¿qué ganará usted?

—¿Yo? —Pareció sorprenderse Murray—. Bueno… Es obvio, ¿no?

—¿Obvio? No para mí. Dígame, ¿qué ganará?

—Pues… dinero. Mucho dinero…

—¿Más del que necesita?

—Claro.

—¿Y qué? ¿Vivirá mejor que ahora quizá? Entiendo que va usted por el mundo como violinista de aceptable fama, pero contratándose cuando conviene como asesino profesional. Es asombroso, pero yo lo acepto todo desde hace años. Supongo que ha ganado más dinero asesinando que tocando el violín. Ahora ya no tendrá necesidad de asesinar… Ya es algo mayor para eso, pueden fallarle un día los reflejos… Entonces, espera vivir… como un rey con lo que Gertrude Forsythe le dé por su colaboración. Esto tiene sentido. Pero… ¿le gustará a usted ser… una marioneta más en el teatro de Gertrude Forsythe?

—Eso no reza conmigo.

—¿No? ¿Por qué? ¿Qué es usted para ella? ¿Algo especial… o un… empleado?

—¿Qué se propone usted? —susurró Murray.

—Salvar mi vida. Puedo ofrecerle mucho más que ella, más que Gertrude Forsythe. Tengo algunos millones de dólares, no me gustan las marionetas, y puedo… hacer de usted un hombre capaz de gozar los últimos años de su vida. ¿Puede ella hacer lo mismo?

—¿Qué me está ofreciendo… concretamente?

—Todo lo que usted quiera tomar de mí. Pero piense en la diferencia entre tomarlo… de cualquier modo, o que yo se lo dé con verdaderos deseos de… llenar su vida.

—No puede usted darme nada que yo no haya tenido ya, o que pueda tener de cualquier otra mujer en cualquier momento.

Baby sonrió dulcemente.

—Le creía más sensible, Charlton. Creía que sería usted capaz de captar la diferencia entre unas mujeres y una mujer. Lo siento por los dos… Por favor, no sea brusco al degollarme.

Capítulo XV

—¿La has matado?

—Claro —Charlton Murray se dejó caer en un sillón del gabinete privado de la Forsythe—. Era una mujer de temple. Lo único que me pidió fue que no la degollara con brusquedad.

—¿Por qué has tardado tanto? Para matar a una mujer…

—Estuve charlando con ella. Era muy inteligente. Y si hago caso de lo que dijo, parece que Xav Mathieson jamás aceptará ser… una marioneta, como ella decía. Y hablando de Mathieson…, ¿dónde está?

—Se fue a la Embajada, por fin. Como comprenderás no es cosa de seguir adelante con este… trágico fin de semana; además, tendrá que resolver muchos asuntos. Algunos policías han ido con él.

—Sí, claro… He visto a varios en el jardín. Todavía estarán por aquí un día o dos quizá.

—Como si quieren estar diez años. Jamás encontrarán esos cadáveres en el tonel. Y no tenemos por qué sacarlos de ahí nunca. ¿Por qué has dicho eso de Xav Mathieson?

—Es lo que dijo ella.

—Xav hará lo que yo diga —sonrió Flora—. Y si se pone tonto, peor para él.

—Desde luego —sonrió Murray, mirando su reloj—. Bueno, son ya las ocho de la noche. Voy a subir a mi cuarto a limpiar el violín de sangre y a vestirme para la cena.

—Tienes aspecto de cansado —sonrió también Gertrude.

—Querida, tengo ya sesenta y cuatro años. Después de una noche y un día como el que hemos pasado no querrás que esté fresco como un joven de treinta. Así que, después de la cena, me acostaré inmediatamente. No estoy para bromas.

—Será mejor que te cuides —rió Gertrude.

—Puedes estar segura de que lo haré. ¿Se ha marchado también

Marlon De Koven?

—Sí. Estará en su hotel esperando las últimas instrucciones, y que la Policía deje de marearlo. Parece que saben bastante sobre él, pero no pueden hacerle nada aquí, en Estados Unidos. Al menos oficialmente. No creo que tenga dificultades para regresar a África antes de una semana. Todo va bien, Charlton.

—Naturalmente —sonrió éste—. Tus marionetas no pueden fallar. Hasta ahora.

Capítulo XVI

—¿Eres tú, Charlton? Con tanta luz no veo nada…

—Sí… Soy yo.

Charlton Murray se deslizó por el tonel hasta llegar junto a Lili Connors, que yacía tendida de lado, todavía con los ojos cerrados, sin atreverse a abrirlos. Se quedó junto a ella, esperando hasta que pudo abrir los ojos, poco a poco, con cautela.

—¿Qué hora o qué día es? —musitó roncamente la espía—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Solamente veinticuatro horas. Hoy es domingo. Son las siete y media de la noche.

—Bien… ¿Has traído tu violín?

—No.

—Entonces…, ¿ya no piensas matarme?

—Desde ayer estoy pensando en eso… Las engañé. Les dije que te había matado…

—No lo has hecho —dijo desmayadamente Baby—. Pero moriré si sigo aquí dentro, a oscuras, sin comer ni beber. Y las cuerdas me hacen tanto daño que también voy a morir de dolor. Suéltame…

—No. Sólo las piernas, como ayer. Las manos, no, Lili. No las necesitas libres para… convencerme.

—Me quedaré aquí hasta que tú digas —imploró ella—. Pero, por favor, suéltame ya.

—No me atrevo a hacerlo. No estoy seguro de ti, Lili.

—¿Te he defraudado? ¿Te he mentido?

—No —dijo él roncamente—. No me has defraudado, al menos. Jamás antes tuve… conocimiento de una mujer como tú. Eres… especial en todo, lo he comprendido bien. Y eso mismo me da miedo…

—¿A ti? ¿A un asesino profesional? ¡Oh, vamos, querido!… Además, supongo que has traído una pistola o algo para…

«defenderte» de mis terribles ataques. ¿Por qué tenerme miedo?

—No he traído arma alguna. Por eso tengo algo de miedo. No eres normal, Lili. Lo presiento. Llevo muchos años asesinando, matando por encargo… He corrido mucho mundo, he visto y oído muchas cosas hasta llegar a este momento. No eres normal… Tu temple no es… lógico.

—Está bien —musitó ella, cansadamente—. Si tanto me temes, si no has de cumplir el pacto, mátame de una vez. Acabemos. Ya que no confías en mí, prefiero no alargar la situación. He pasado unas horas horribles aquí dentro, sin luz, sin agua… Los cadáveres de estos dos hombres empiezan a oler de un modo nauseabundo. Charlton, me siento muy mal… Muy mal. Te lo suplico: acabemos con esto de un modo u otro. Mátame ya.

Charlton Murray se estaba tapando la nariz. Efectivamente, dentro del tonel olía ya intensamente a muerto. Detrás de Lili Connors estaban los dos cadáveres… Para soportar todo un día allí sin volverse loco hacía falta tener nervios poco menos que inhumanos. En el fondo, Murray comprendía que debía matar a Lili Connors; presentía que el menor descuido podía ser fatal para él. Sin embargo…

—No puedo matarte… tan fácilmente ahora. Ayer tuve de ti más de lo que jamás pudo darme mujer alguna. Lo admito. No he dormido hoy, estoy… desquiciado. Quisiera sacarte de aquí, llevarte lejos… También quisiera matarte, pero no puedo. Lo que quiero… es otra cosa.

—Te lo suplico… No ahora, Charlton. Estamos desperdiciando el tiempo, la vida… Sólo tienes que soltarme, saldremos los dos de aquí, podemos llevarnos los brillantes, yo tengo mucho dinero… ¿O los diamantes los tiene Gertrude Forsythe?

—Están aquí, en la bodega. Y también tu maletín, con tus cosas. Todo estaba preparado para esconder la colección de brillantes.

—Desátame, recoge los brillantes y vámonos. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes sacarlos de donde están?

—¡No quiero desatarte! ¡Sólo quiero tenerte aquí, a mi disposición, mientras sea posible!

—¿Y luego?

—¡No lo sé! ¡No lo sé!

—Está bien… Al menos desátame las piernas. Ya ni siquiera las

siento. Necesito caminar… ¿No vas a desatarme las piernas?

Charlton Murray vaciló, pero sólo unos segundos. Desató las piernas de Brigitte y luego la ayudó a ponerse en pie y a salir del tonel. Brigitte quedó en el piso de la bodega, vacilando, a punto de caer. Murray la sostuvo por un brazo, al mismo tiempo que miraba las ligaduras que sujetaban las manos de ella a la espalda.

—Necesito… caminar un poco… Ayúdame… ¿No vendrán las Forsythe?

—No por ahora. Están ocupadas. Camina si quieres… Yo te voy sosteniendo.

—¿Has traído comida?

—No.

—¡Tienes que traerme algo de comer! —Casi chilló Brigitte—. ¡No voy a poder estar viva y dispuesta a lo que tú quieres si no como y bebo algo! Pude dártelo ayer, pero hoy estoy peor, mañana aún lo estaré más… ¿Quieres matarme de hambre quizá?

—Cálmate… Esta noche te traeré algo.

—Está bien —Brigitte se detuvo en su torpe caminar y suspiró profundamente—. ¿Cuál es el escondite? ¿Otro tonel?

—Sí. Hay uno vacío —lo señaló—. Tiene un doble fondo y allí están los brillantes y tu maletín.

—Todo preparado —musitó ella—. Casi no noto las piernas. Por favor, dame un poco de masaje en los tobillos. Ayúdame a sentarme… Así… Gracias.

Murray comenzó a frotar enérgicamente los tobillos de la espía, que se dedicó a mirar a todos lados, aunque bien poco de especial había de ver. Una bodega, eso era todo. Botellas y toneles. Estanterías y cajas de madera vacías… De cuando en cuando un prolongado escalofrío estremecía el cuerpo de Brigitte. Estaba pálida, un tanto demudado el rostro.

—¿Tienes frío? —preguntó Murray.

—Sí… Estoy helada hasta los huesos. Me tienes aquí igual que a una… bestia. Es inhumano lo que estás haciendo conmigo, Charlton. Casi prefiero que me mates. Aunque sea por estrangulación.

Él se la quedó mirando fijamente.

—Durante toda mi vida he estado… buscando una mujer como tú. Y cuando la encuentro es enemiga mía. Quisiera tener la

seguridad de que no me traicionarías, Lili. Quisiera poder soltarte, salir de aquí los dos. Tuviste razón anoche: ¿qué puedo esperar? ¿Más dinero? Me pregunto para qué. En cambio, tú puedes darme… lo que nunca tuve. Eres una mujer que…

—Ayúdame a ponerme en pie, por favor.

Murray obedeció. Ella quedó tambaleándose, cerrados los ojos.

—No dispongo de mucho tiempo —musitó el violinista.

—Entonces acabemos.

—¿Qué…?

No pudo terminar su pregunta, porque recibió un terrorífico rodillazo en el bajo vientre, que lo dobló hacia delante, como partido en dos. El siguiente golpe fue otro rodillazo, ahora en pleno rostro, que lo derribó de espaldas. Rodó por el suelo, y cuando intentaba incorporarse recibió otro golpe más, ahora con el pie, en el hígado. Un trastazo tremendo que lo dejó lívido, sin aliento, arrodillado, apoyando la cabeza en el suelo. Otro puntapié lo tiró de nuevo de espaldas contra el gran tonel-tumba… Y cuando rebotaba, la espía saltó en el aire y cruzó sus piernas en torno al cuello de Murray, precipitándose los dos al suelo, metido él en una presa fortísima de «tijeras». Fue un golpe brutal contra el suelo, pero no fue Baby quien salió peor librada, a pesar de tener las manos atadas a la espalda. Tendida, con el cuello de Murray entre sus piernas, comenzó a apretar, mientras él, gimiendo, casi inconsciente, comenzaba a arañar sus piernas…

—Puedes arañar cuanto quieras —jadeó Baby—. ¡Sigue arañando, maldito asesino, así apretaré más!

Las uñas de Murray se clavaban en la dorada carne, en un vano intento de quitarse aquel dogal del cuello. Sí, vano completamente. Pocos días antes un joven agente de la CIA casi termina sus días en aquella presa. En la presente ocasión un hombre de sesenta y cuatro años, que sólo sabía usar su arco de violín, golpeado furiosamente antes, no tenía la menor probabilidad de salir del cepo de seda dorada…

Ninguna probabilidad. Ninguna.

Veinte segundos más tarde Brigitte Montfort se ponía en pie, tambaleándose, con las piernas llenas de hilos de sangre que se deslizaban lentamente, brillantes. Jadeando, caída la cabeza sobre el pecho casi desnudo, la espía estuvo no menos de tres minutos

como a punto de caer, recuperando el aliento. Por fin, se acercó a las estanterías de botellas, se volvió de espaldas y tomó una entre sus dedos. La golpeó contra la estantería y quedó con el gollete solamente… Diez minutos más tarde sus manos estaban libres, cortadas las cuerdas al fin por el agudo borde del cristal.

Tomó una palanqueta de abrir cajas de botellas y destrozó el tonel donde, según el estrangulado Murray, estaban los brillantes y su maletín. Cierto… Allí estaba todo. Con un gesto brusco tiró al suelo la bolsa que contenía los brillantes, que se esparcieron por el suelo… Asió su maletín, lo abrió y sacó la radio de bolsillo, que accionó en el acto.

—¿Sí? —Oyó el grito de esperanza.

—¿Simón?

—¡Baby! —Esta vez fue un auténtico alarido—. ¿Dónde está? ¡Estamos más de veinte agentes vigilando esa maldita mansión, pero…!

—Tranquilícese —sonrió la divina, desmayadamente—. Su olfato es bueno, pero no tiene rayos X en los ojos. Estuvieron muy cerca de mí. Y siguen estándolo, lo cual les agradezco. ¿Está *Mr*. Cavanagh disponible?

—¿Disponible? —Se oyó la voz del propio *Mr*. Cavanagh—. ¡No he dormido en todo este tiempo esperando su llamada! ¿Qué tenemos que hacer?

—Poca cosa, señor. Escuche…

Capítulo XVII

Gertrude Forsythe alzó la mirada hacia la puerta de su gabinete privado cuando oyó las pisadas.

—Charlton, ¿dónde has estado todo este tiempo…? —Lanzó una exclamación y se puso en pie de un salto, lívida—. ¡No!

—Sí, señora Forsythe. Soy yo, Lili Connors. ¿Qué tal, pequeña Florrie?

Las Forsythe la miraban con ojos desorbitados, pero Brigitte no concedió importancia a su sobresalto. Señaló el teléfono.

—Va a hacer una llamada, señora Forsythe. Al señor De Koven.

—No es posible… ¿Dónde está Charlton?

—No haga preguntas estúpidas. Está muerto. Tampoco piense en llamar a sus criados. Me han visto ya, y se han convencido de que deben permanecer al margen. Llame al señor De Koven y dígale…

—¡No le diré nada! ¡No le llamaré!

—Está desarmada —musitó Flora Forsythe.

Mientras decía eso asió unas tijeras y se abalanzó contra Brigitte, que la esperó sin inmutarse en absoluto, sin moverse. Ni siquiera se movió bajo el impulso del ataque, simplemente frenó a Flora Forsythe con un espantoso directo de karate entre los senos, que tiró a la muchacha de espaldas, como muerta. Gertrude lanzó un alarido, recogió las tijeras que habían escapado de manos de su hija y pasó al ataque a su vez. La agente Baby sonrió tan fríamente que con eso casi detuvo el avance de la enfurecida mujer. Pero Gertrude Forsythe ya estaba lanzada, brazo en alto, y lanzó el furiosísimo tijeretazo, de arriba abajo… Unas manitas delicadas, manchadas de sangre, se clavaron en su muñeca, dieron un tirón y Gertrude salió volando, cayendo de bruces sobre el sofá, cortado el resuello. Cuando iba a moverse, una mano asió sus cabellos y empujó su cabeza hacia abajo, hundiéndola en el sofá, sofocándola.

—Señora Forsythe, yo no necesito ninguna clase de armas para

gentecilla como ustedes. No son nada para mí. Ahora va a descolgar el teléfono, marcará el número del «Chrichton Palace» y pida que le pongan con Marlon De Koven… ¿Lo ha entendido?

Gertrude Forsythe intentó mover la cabeza para asentir. La espía así lo entendió y la soltó.

—Pero antes recupere el aliento. Quiero que Marlon De Koven no note nada extraño en su voz. Si lo nota, señora Forsythe, le clavaré las tijeras en la garganta a su hija y luego a usted. No estoy fanfarroneando. Sepa que Charlton Murray era un aprendiz comparado conmigo. ¿Está todo bien claro?

La soltó y, mientras esperaba a que se recuperase, volvió a llamar por la radio de bolsillo. Tan sólo dos minutos más tarde *Mr*. Cavanagh y media docena de agentes de la CIA aparecían en el gabinete, todos mirando con los ojos muy abiertos a Brigitte, que saludó con gracioso gesto de una manita.

—Aunque desmejorada y arañada, estoy bien. Gracias a todos. ¿Ha hecho lo que le he pedido, *Mr*. Cavanagh?

—Desde luego. Aquí lo tiene —entregó una maleta a Brigitte, que la sopesó y sonrió—. ¿Está bien?

—De verdad que sí. Pero tengo un hambre feroz. ¿Alguien va a ser tan amable de ir a buscarme un par de bocadillos a la cocina?

Seis agentes de la CIA chocaron fuertemente en la puerta del gabinete al querer salir todos a la vez. Brigitte señaló a uno, riendo.

—Usted, Simón; se lo merece, por ser el más feo.

Efectivamente, aquel agente era el más feo, pero salió del gabinete más ufano que nadie. Como se suele decir, no hay mal que por bien no venga.

Brigitte miró a Gertrude Forsythe.

—¿Dispuesta?

—Sí… Sí, estoy dispuesta. ¿Qué tengo que decirle a De Koven?

—Poca cosa. Lo va a citar usted en…

Capítulo XVIII

Marlon De Koven ordenó al taxista que se detuviera, pagó el importe del servicio y se apeó. Se quedó mirando aquella entrada del East Potomac Park con el ceño fruncido. No le gustaba la cita, pero cuando se está dispuesto a embolsarse cinco millones de dólares en brillantes hay que aceptar pequeños inconvenientes. Metió las manos en los bolsillos del gabán y se decidió a entrar en el parque. Hacía un frío considerable, realmente incómodo; pero si Gertrude Forsythe consideraba conveniente aquello… En fin, no valía la pena complicarse la vida. Hablaría con ella y en paz.

En seguida vio el coche de las Forsythe. El grande, naturalmente. Fue directo hacia allí y, siempre siguiendo las instrucciones de máxima discreción, abrió la puerta y entró rápidamente en el asiento de atrás.

—Señora Forsythe, su cita…

Se quedó de pronto silencioso, un tanto demudado el rostro. La boca se le secó.

—Siga, señor De Koven —dijo Lili Connors.

—¿Usted? Había… desaparecido…

—Soy un fantasma —sonrió ella—. Y le presento a otros dos fantasmas: mi jefe, *Mr*. Cavanagh, y a Simón, uno de mis muchachos.

De Koven miró al asiento delantero, en el cual dos hombres vueltos hacia él lo miraban fijamente. Uno tenía cerca de cincuenta años. El otro, poco más de treinta. Pero los dos lo miraban como si pudieran matarlo en un abrir y cerrar de ojos.

—Bien… No comprendo…

—En cuanto a mí, señor De Koven, debo admitir que mi nombre no es Lili Connors. Soy la agente Baby, de la CIA. ¿Ha oído hablar de mí, señor De Koven?

Marlon De Koven había palidecido tan intensamente que su

rostro parecía el de un muerto. A la pequeña luz recién encendida en el interior del coche su rostro parecía una máscara trágica.

—Me parece que sí ha oído hablar de mí —sonrió Baby, como una niña tímida—. Bien… Parece que todo está entendido entonces. Sepa que las Forsythe han confesado todo su plan, que usted no conocía a fondo. Aquí, en esta maleta —la golpeó con su pie—, está la confesión, grabada, que voy a llevarle al señor Mathieson, junto con un pequeño regalo. El señor Murray falleció de muerte natural… Quiero decir que es natural que un señor al que estrangulan fallezca, ¿no está de acuerdo? En cuanto a las Forsythe, ciudadanas de Atlánfrica, serán entregadas mañana por la mañana a la Embajada de Atlánfrica para que sean juzgadas en ese país, con el cual Estados Unidos desea… larga paz y convivencia política y comercial Una paz y una convivencia que la señora Forsythe habría destruido. Y usted también, señor De Koven. Aun ignorando todos los pequeños detalles de los planes de estas señoras, usted es un mercenario sin escrúpulos, que habría ocasionado muchas muertes y un caos total en los tres países que pronto serán, inevitablemente, una federación amiga de los Estados Unidos. Respecto a que esa federación sea o no sea amiga de Estados Unidos debo decirle, sinceramente, que no es cosa que me preocupe demasiado. Pero sí la paz que Xavier Thomas Mathieson desea, y que usted, a las órdenes de Gertrude Forsythe, habría perturbado con sus… asesinatos en masa. En resumen, señor De Koven: usted es de la clase de personas que yo considero… no aptas para la vida entre seres humanos. ¿Me entiende?

—No… No la entiendo…

—Yo creo que si. No puede estar más claro, señor De Koven: acabo de condenarlo a muerte.

—¡Usted no puede…!

¡Plof!… ¡Plof!… ¡Plof!…

Marlon De Koven fue empujado por las tres balitas contra la portezuela de su lado, rebotó y quedó tendido de bruces entre el asiento de atrás y los respaldos de los asientos delanteros. Brigitte mire a *Mr*. Cavanagh y a Simón, que a su vez la miraban fijamente, un tanto impresionados.

—Siempre se está a tiempo de ver en acción a la agente Baby —sonrió Brigitte—. Supongo que no están asustados.

Simón tragó saliva con cierta dificultad.

—¿La… llamo ya…?

—Sí, por favor, Simón.

Éste abrió su radio de bolsillo y en el acto oyeron la voz:

—¿Si?

—Baby ha terminado aquí —dijo, un poco velada la voz—. ¿Cómo está eso?

—Se ha sorprendido mucho, pero la está esperando.

—Bien. Es todo.

El agente de la CIA cerró la radio y se quedó mirando a Brigitte, que señaló el cadáver de De Koven.

—Métalo en el portamaletas, Simón, y ya sabe que lo tienen que incinerar, sin explicaciones, mañana temprano. Pero de momento vamos a ver al amable caballero que me está esperando. Se muy bien que no le gustará escuchar la grabación de las Forsythe, pero… tendrá que aceptarla.

—¿Y si se equivoca con él? —musitó *Mr*. Cavanagh.

—No —sonrió Brigitte—. No me equivoco. Ya he conocido a muchos hombres y sé lo que se puede esperar de cada uno de ellos… Por eso he conseguido salir de tantos y tantísimos apuros. Bien…, ¿qué estamos esperando? Mi anfitrión debe estar impacientándose. Y yo también. Quiero que él escuche esta grabación cuanto antes…

Este es el final

Xav Mathieson detuvo la marcha del pequeño magnetófono y, por fin, clavó su mirada en la mujer que tenía delante. Sin peluca postiza, sin microlentillas de color violeta. La veía ante él como cuando la detuvieron en el jardín de la mansión de las Forsythe: cabellos negros, grandes ojos azules… Sin duda, era la más hermosa y dulce mujer que había visto en su vida.

—¿Y bien? —musitó la señorita Connors.

—No voy a ocultarle que esto destroza mi vida privada en el sentido… afectivo —dijo roncamente Mathieson—. Pero si se está preguntando si cumpliré con mi deber, la duda sobra, señorita Connors. Las Forsythe serán enviadas desde esta Embajada a Atlánfrica, y juzgadas adecuadamente. ¿Qué más puedo decirle?

—¿Seguirá adelante con sus planes respecto a la federación?

—Eso no tiene por qué cambiar —Xavier Mathieson estaba muy pálido—. Sólo quiero el bien para mi patria. Y dentro de muy poco mi patria será mucho más grande. Tres patrias que formarán una sola…, como fue desde el principio de los principios.

—Marlon De Koven ha muerto. No podrá ayudarle militarmente.

—Yo estaba en desacuerdo con esa clase de ayuda, pero tenía que aceptarla como mal menor. Si De Koven no interviene, mejor.

—Me pareció que no le desagradaba la guerra.

—La detesto. Quiero cosas muy diferentes para mi patria.

Baby se puso en pie, asió la maleta que tenía a sus pies y la colocó ante la mesa del despacho de Mathieson.

—Aquí dentro están los brillantes de la colección «Arco Iris», con los cuales puede hacer lo que guste. Además, hay diez millones de dólares. Estoy segura de que sabrá darles un destino adecuado. Y si está pensando que Estados Unidos o la CIA pretende comprarlo, señor Mathieson, olvídelo. Estos millones los gané yo personalmente no hace mucho[3], y han aceptado prestárselos a

usted.

—¿Es sólo un préstamo? —murmuró esperanzado Mathieson.

—Solamente eso. No es compra, ni coacción, ni soborno… Es sólo un préstamo a veinte años. Para entonces la Federación Atlánfrica podrá devolver este dinero.

—Parece… que todo se lo debo a usted. ¿Cómo podré compensar su generosidad y comprensión?

—Siga su camino tal como lo ha trazado —tendió su mano, sonriendo levemente—. Adiós, señor Mathieson. Lamento que no todo le haya salido bien.

Mathieson se pasó la lengua por los labios y asintió con la cabeza.

—¡Ni siquiera sé quién es realmente usted…!

Brigitte Montfort, alias Baby, se fue hacia la puerta del despacho, la abrió y se volvió, fijando su mirada azul limpísima en los ojos de Xav Mathieson.

—Eso no tiene gran importancia, señor Mathieson. Digamos que soy alguien que no acepta marionetas en los puestos de responsabilidad. Ni mentiras. Ni fraudes. Ni guerras. Ni ambiciones personales ilegítimas… ¿Quién soy yo? Incluso yo misma me lo he preguntado a veces. Pero si algún día quiere saber realmente quién soy yo, señor Mathieson, sólo tiene que defraudar la confianza que pongo en usted. Haga eso…, y le aseguro que sabrá muy bien quién soy yo.

—No pienso defraudarla jamás.

—Magnífico —sonrió la divina espía—. En ese caso, recuérdeme como una linda y graciosa marioneta de ojos azules, simpática y generosa. Caramba, señor Mathieson…, ¿qué más puede usted pedir?

FIN

Notas

[1] Véase la novela *Baby no contesta*, de esta misma serie. < <

[2] Referencia a la aventura de Baby titulada *Víbora sin nido*, también de esta colección. <<

[3] Véase *El canto de las tortugas*, de esta serie. <<